

Bianca®

Otro amor en su pasado

Kim Lawrence

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

OTRO AMOR EN SU PASADO, Nº 1561 - julio 2012
Título original: Luca's Secretary Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0701-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

La madre le dio las gracias una y otra vez y la gente que pasaba por aquel lugar de Nueva York se quedó mirándolos. Se formó un círculo a su alrededor, todos parecían querer escuchar cómo aquella mujer le agradecía el haber salvado la vida de su hijo.

Sin embargo el niño en cuestión, de unos cinco años más o menos, no parecía muy agradecido, ya que le dio una patada al hombre que lo había salvado de morir atropellado.

Luca forzó una sonrisa mientras apartaba al niño y se preguntaba qué tendría de bueno ser padre. A él le gustaban los niños, aunque ningún hijo suyo haría algo tan horrible como morder a alguien, pero no tenía especial interés en convertirse en padre, no era el momento. A pesar de que tenía fama de ser una persona inconformista, sus ideas acerca del matrimonio y la familia eran bastante tradicionales. Aunque aún no había conocido a ninguna mujer con la que hubiera deseado compartir el resto de su vida.

Luca venía de una familia de irlandeses e italianos, y sus familiares siempre le habían dejado claro que una de sus obligaciones en la vida era casarse y tener hijos, pero él no tenía prisa. Tenía treinta años y, cuando sus padres le reprochaban el seguir soltero, él les recordaba que tenía un hermano de treinta y dos años, Roman, que también podía ocuparse de dar continuidad a la familia.

Luca estaría encantado de cumplir con su papel de tío, aquello no implicaría demasiados sacrificios para él. Desgraciadamente era improbable que su hermano se casara, no había ninguna posible candidata cerca.

A no ser que Alice, su secretaria siempre fiel y servicial, pudiera ser una posible candidata. Era evidente que aquella mujer estaría muy dispuesta a casarse con su jefe. Luca negó con la cabeza mientras recordaba su cara de ojos grises y cabello rubio y rizado.

De repente, el niño que estaba sujetando aún se soltó y regresó

junto a su madre.

–¡Te odio! –le gritó desde detrás de su madre.

–Tú tampoco me caes muy bien –respondió él.

Su hermano no podía casarse con su secretaria... No estaba enamorado de ella, aunque a Roman no parecía interesarle mucho el amor. Se había hecho bastante cínico con los años y quizá fuera capaz de casarse sin estar enamorado, algo que hace unos años le había resultado impensable.

Su hermano le había dejado claro la visión pesimista y desilusionada que tenía respecto a aquel tema, se lo había confesado en una conversación reciente en la fiesta de aniversario de sus padres. Su padre no había desaprovechado la oportunidad para sacar su tema favorito.

Más tarde habían salido a pasear junto al lago que había en sus extensas tierras de Irlanda.

–Papá ha sido muy sutil, ¿no crees? –había dicho Luca.

–Como siempre, supongo, aunque creo que tiene algo de razón –Roman se detuvo y recogió una piedra del suelo. Después la lanzó al agua–. Lo importante para un buen lanzamiento es la muñeca.

–No me digas –Luca agitó los brazos de forma exagerada al ver cómo su piedra superaba la de su hermano. Roman sonrió ante aquel gesto que le recordaba la rivalidad que siempre había habido entre ellos–. Ya no eres lo que eras, Roman ¿Me has estado ocultando algo? ¿Acaso hay alguien nuevo en tu vida?

–¿Alguien?

–¿Te has enamorado? ¿Acaso crees que nuestros padres no aprobarán la relación? Eso sería muy interesante. Dios, no estará casada, ¿verdad?

–¿Crees que el estar enamorado es una buena razón para casarse?

–Nunca me había parado a pensarlo, supongo que para ti no lo es.

–El amor es un estado de locura transitoria, y la locura no es una buena condición para realizar ningún tipo de contrato, y eso es lo que es el matrimonio, un contrato.

Luca no se consideraba un hombre excesivamente romántico, pero aquella descripción del matrimonio le pareció excesivamente fría.

–¿Y qué hay de encontrar tu media naranja, tu alma gemela?

–¿Acaso necesitas un alma gemela para sentirte completo? ¡No digas tonterías!

–Yo me siento completo pero, ¿te imaginas qué sería de papá sin mamá, o de mamá sin papá?

–Hay algunas excepciones –reconoció Roman muy a su pesar–. Yo he intentando buscar el amor para casarme, pero por si no lo recuerdas, las cosas no salieron bien.

Luca le tocó el hombro.

–¿No me digas que el hecho de que te dejaran plantado en el altar en una ocasión te ha transformado en un hombre soltero resentido que desprecia el matrimonio?

–No te preocupes, me voy a casar, aunque el amor no será algo imprescindible para dar el sí quiero, de hecho será del todo prescindible, ¡qué más da casarse ahora que casarse dentro de cinco años!

¿Y si su hermano hablaba en serio? ¿Y si estaba buscando a la mujer que fuera la madre de sus hijos? ¿Y si estaba pensando en Alice Trevelyan?

¿Acaso algo así no sería absurdo? No importaba lo absurdo que resultara, a Luca no le agradaba la idea, era evidente que Alice no era la mujer adecuada para su hermano. Luca no lograba encontrar las razones que justificaran aquella afirmación, pero su instinto se lo decía, y había veces que el instinto era más poderoso que la razón.

La secretaria de su hermano era una mujer muy atractiva, era la mujer más sensual que Luca había conocido. No llevaba ni ropa ajustada ni faldas cortas, pero a pesar de su ropa formal y recatada, tenía siempre un aspecto muy provocativo.

Era difícil conformarse con sólo mirarla, Alice era una mujer que cualquier hombre desearía tocar, él mismo había vivido aquello. Luca no se acercaba a ninguna mujer que tuviera relación con su hermano, pero el verla atravesar el despacho era suficiente para desear tener algo con ella.

No quería estropear la camaradería que su hermano y aquella mujer tenían por un fuerte deseo carnal.

Aunque Luca estaba seguro de que Roman también deseaba a Alice. Él nunca había sabido muy bien la relación que existía entre

ambos, parecían entenderse muy bien en el trabajo pero, ¿también se entendían en la cama?

Luca jamás se lo había preguntado a su hermano y no estaba dispuesto a hacerlo. Si Roman decidía mezclar el trabajo con el placer, era asunto suyo, él prefería no hacerlo.

Alguien le dio una palmadita en la espalda haciéndole volver al presente.

–Te mereces una medalla, amigo –Luca asintió mientras pensaba que lo que realmente debía hacer era salir de aquel lugar lo antes posible. Cada vez había más gente a su alrededor y lo último que quería hacer era atraer la atención de la gente. Se esforzaba por mantenerse al margen, para que nadie reparara en él, aunque no solía lograrlo.

Luca pensó en los titulares, quizá tenía algo que ver con su pasado como periodista. Habían pasado ya diez años desde que había trabajado en un periódico nacional y su instinto periodístico acerca de lo que iba a suceder aún no lo había abandonado.

Si su padre no hubiera sufrido aquel ataque al corazón, quizá él aún estaría trabajando en el periódico. Finn O'Hagan había tenido que retirarse y Roman, todo un experto en finanzas, se había quedado a cargo de la empresa familiar.

Antes de sufrir el infarto, Finn llevaba un tiempo pensando en deshacerse de la editorial estadounidense que había heredado de un tío y que había dejado de ser rentable. La había mantenido por razones sentimentales durante mucho tiempo y Luca había accedido a pedir un año sabático para poner todo en orden y preparar la empresa para la venta.

Sin embargo algo extraño había sucedido, Luca había disfrutado mucho trabajando en la empresa y su entusiasmo se había dejado notar.

A finales de aquel año lograron que la empresa saldara todas sus deudas y había logrado que un nuevo escritor con gran fama firmara con ellos, lo que había atraído a otros escritores conocidos. El imperio O'Hagan había cambiado radicalmente y en aquellos momentos tenían sedes en Sidney, Londres y Dublín. Además Luca seguía disfrutando de su trabajo.

En aquellos momentos, llegó el padre del niño y la mujer volvió a llorar mientras le explicaba lo que había sucedido. El padre se

quedó paralizado y Luca aprovechó aquel instante para alejarse de allí. Intentó ocultarse tras la multitud, a pesar de que con un metro noventa y cinco de estatura era difícil pasar desapercibido.

A pesar de ello logró salir de allí sin problemas. Cuando estaba ya lejos del gentío sonó el teléfono, era su hermano.

–¿Sigue en pie lo de esta noche? –le preguntó Roman en cuanto Luca contestó.

Él miró la hora.

–Por supuesto, aunque aún tengo que ver a Hennessey, tal vez llegue un poco tarde.

–¿Estará la encantadora Ingrid también contigo?

–Qué gracioso.

–Es una mujer bastante tenaz, ¿no crees? Se le da muy bien hacerse publicidad ella misma.

–Tú le hablaste sobre mí, ¿a que sí?

–¿Yo? ¿Cómo puedes sospechar de mí? Mi orgullo está herido, ni mi propio hermano confía en mí.

–*¡Dio mio!* Eres perverso, eso es lo que eres.

–Tienes que entenderlo, Luca, aquella mujer no dejaba de hablar de bodas y de repente encontré la solución... Después de todo, a ti te gustan mucho las rubias, sobre todo las esbeltas de aspecto nórdico. Así que le dije que a ti te invitaban a las fiestas más distinguidas y que eras mucho más fotogénico que yo y tenías una gran reputación, sobre todo en Estados Unidos.

–Así que tú sabías ya que era lesbiana.

Roman estuvo a punto de atragantarse.

–¿Acaso a ti también te pidió que le donaras tu esperma?

–Sí –admitió Lucas con una mueca–. Aunque me dejó muy claro que sólo estaría interesada si los exámenes médicos revelaban que tenía una buena salud.

–Y yo pensaba que me había elegido a mí, que era especial para ella... –dijo su hermano con un tono burlón–. Con respecto a esta noche, no te preocupes, Alice y yo probablemente también lleguemos tarde. ¡Ah! Quería advertirte que seguramente Alice se haya creído la versión que las revistas han publicado sobre lo tuyo con Ingrid.

–¿Y tú no te has molestado en contarle la verdad?

–Sinceramente ni se me ha pasado por la cabeza. Cree que estoy

siendo muy fuerte.

–Eres perverso…

–Ella piensa que eres un donjuán sin corazón –le dijo su hermano sin molestarse en ocultarle lo mucho que aquello le divertía.

–Entonces, ¿Alice vendrá esta noche?

–Por supuesto que vendrá, ella es como de la familia.

Unos segundos después Luca guardó el teléfono móvil en el bolsillo y recordó las palabras de su hermano: que Alice era como de la familia… Luca negó con la cabeza, ¿no se estaría obsesionando con el tema?

Luca se recordó a sí mismo que, aunque Roman se lo pidiera, Alice podía contestarle que no. Aunque no era probable que la mujer que le había quitado una navaja a un loco para salvar a su jefe, le dijera que no a una proposición de matrimonio.

¿Acaso sería tan malo que Alice Trevelyan se convirtiera en su cuñada?

Luca sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo, estaba claro que la idea no le agradaba en absoluto. Sabía que, si no lograba encontrar otra novia para Roman, él tendría que casarse con ella.

–¿Quiere beber algo mientras espera? –le preguntó el camarero.

Alice no solía beber, pero pensó que una copa de vino la ayudaría a sobrellevar la situación.

Después de todo, si se hubiese negado… ¿Acaso era tan difícil decir que no? Tomó un sorbo de vino mientras intentaba consolarse, no era la única a la que le costaba decirle que no a su jefe. Su jefe tenía fama de conseguir que la gente siempre le dijera que sí.

Bebía despacio, no quería terminar la noche ebria. Seguía sola en aquel distinguido hotel de Nueva York y rodeada de parejas. En aquellos momentos le resultaba difícil no pensar que era la única persona de aquel lugar que no tenía acompañante. Se llevó la mano al pecho buscando el anillo que llevaba colgado de una cadena desde el día en que su madre la miró preocupada y le dijo que tenía

miedo de que nunca se olvidara del pasado.

–Eres aún muy joven, Alice, y sabes tan bien como yo que a Mark le habría gustado que rehicieras tu vida –a Alice no le costó recordar aquellas palabras de su madre.

Al notar que no lo llevaba, se sintió desnuda, más de lo que se sentía por llevar puesto aquel vestido corto que le había obligado a quitarse la cadena.

Alice apartó la mirada al ver que la pareja que estaba sentada junto a ella se acariciaba las manos. A ella no le gustaba dejarse llevar por la pena, así que pensó en las ventajas que tenía el no tener pareja, y una de las mejores era tener aquella cama enorme para ella sola.

Roman era difícil en algunas cosas, pero era muy generoso. Le había alojado en una habitación muy lujosa al lado de la de él.

Alice se quedó mirando la copa vacía y pensó que tal vez había bebido demasiado, sin embargo, ¿acaso los borrachos no se sentían felices y con ganas de cantar y bailar?

Pero ella no se sentía sí.

La noche prometía poner a prueba toda su capacidad de autocontrol. No tenía ganas de pasar unas horas con una persona que parecía poseer la ración de ego que le correspondía a todo el país.

Era irónico pensar que iba a cenar con el soltero que no sólo tenía fama de rico e inteligente, sino que era tan guapo, que todas las mujeres hubieran saltado de alegría al saber que iban a cenar con él, y sin embargo, para ella era como un castigo.

Aunque la mayoría de las mujeres, entre las que Alice no se encontraba, no sabían lo desagradable que Luca O'Hagan era realmente. Alice hubiera preferido ir al dentista que tener que cenar con el hermano de su jefe.

El problema de aquel hombre era que lo habían mimado demasiado, nunca había tenido que luchar para conseguir algo, ni siquiera con las mujeres. Tal vez habría sido mejor persona si alguien le hubiera negado algo alguna vez. Ella lo había visto en acción alguna vez, y su reputación era acertada, todas las mujeres se sentían irremediablemente atraídas por él.

Alice decidió esperar diez minutos más. Si no aparecía, regresaría a su habitación y pediría algo al servicio de habitaciones.

Tras tomar aquella decisión pidió otra copa.

En aquel momento, el maître se acercó a su mesa. Parecía hablar con un cliente importante.

–Aquí tiene su mesa preferida –le dijo a alguien que Alice no podía ver.

Ella se dio cuenta de que aquella persona debía ser alguien muy distinguido, ya que el maître le hablaba en un tono especial que ella distinguió fácilmente, era el tono que la gente utilizaba cuando se dirigían a grandes personalidades.

Alice se preguntó qué tendrían algunas personas para que los demás les trataran con tanto respeto. A ella le hubiera gustado pensar que aquello se debía al dinero y al poder de aquellas personas, pero tenía que admitir que aunque a su jefe y a su hermano les hubieran quitado todas sus posesiones, los tratarían igual.

Hizo un esfuerzo y se giró con una sonrisa, pero el hombre que había provocado tanto revuelo no era el que ella pensaba. Suspiró pero se quedó mirando al recién llegado unos segundos. Era un hombre que merecía ser mirado con detenimiento.

Decidió que no le importaría estar esperando a un hombre como aquél. Era alto y elegante, tenía algunas canas, pero poseía un aspecto juvenil y, cuando sus miradas se encontraron, él le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa algo avergonzada y apartó la mirada.

Se dedicó a estudiar la carta de vinos como si no la hubiera mirado todavía. Aquel hombre y probablemente toda la gente del restaurante, pensaban que la habían dejado plantada, y no estaban equivocados.

Mientras miraba la carta el maître se acercó a ella y le informó de que el señor O'Hagan había llamado para decir que no tardaría en llegar.

–Estoy impaciente –le dijo ella. El hombre la miró desconcertado–. Gracias –dijo ella esforzándose por mostrar el agradecimiento que él parecía esperar de ella.

Pero no estaba agradecida, estaba enfadada, el que dos miembros de la familia O'Hagan la hubieran dejado plantada aquella noche era suficiente razón para enfadar a cualquiera.

–Quédate y habla con él, no quiero que se enfade y además salir un poco te hará bien, te lo mereces –le había dicho Roman antes de

abandonarla.

–En realidad no me importaría acostarme temprano –le había contestado Alice a su jefe. Roman debía de estar loco si pensaba que pasar la noche con su hermano le podía resultar algo agradable.

–Es una pena, yo anulé nuestra cena del mes pasado y no quiero que Luca piense que le guardo rencor.

Alice se compadeció de su jefe.

–En fin, supongo que podría…

–Estupendo.

Roman había perdido a una mujer despampanante de un metro ochenta, una modelo sueca que aparecía en las portadas de todas las revistas de moda y que había pasado de las manos de Roman a las de Luca. Cuando Roman regresó de un viaje de negocios a Praga descubrió que su novia se había ido a los Estados Unidos con su hermano.

Roman no había demostrado disgusto alguno, se había limitado a encogerse de hombros. Sin embargo Alice sabía que Roman ocultaba su dolor. Debía haber resultado muy duro para él, sobre todo teniendo en cuenta que la historia había sido portada en todas las revistas del corazón.

Alice deseó que su jefe no hubiera estado muy enamorado de la modelo, aunque aquello no justificaba el comportamiento de su hermano, ¡Luca era un ser despreciable!

Las buenas personas no le quitaban la novia a un hermano, aunque nadie había dicho que Luca fuera una buena persona, sólo se decía que era increíblemente atractivo.

No había dudas de que Luca era un hombre muy guapo, aunque a ella no le gustaba aquel tipo de belleza tan evidente.

Miró sin pensarlo hacia la mesa del recién llegado y descubrió que el hombre también la estaba mirando. Ella asintió con la cabeza y apartó la mirada una vez más. Tal vez a él también le hubieran dejado plantado aunque no parecía el tipo de hombre al que le pudiera suceder algo así.

Alice se preguntó cómo podía haber permitido que su jefe la convenciera de acudir a esa cena, tal vez Luca tuviera razón, tal vez ella fuera el perro fiel de Roman.

Aquel comentario la había enfurecido, no era justo que Luca dijera aquello sobre la relación que ella tenía con su hermano. Era

absurdo y el comentario había estado fuera de lugar.

Era evidente que ella no le gustaba a Luca, y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. No entendía por qué el hermano menor de su jefe sentía esa animadversión, lo único que había hecho que justificara ese comportamiento había sido manchar con un poco de sangre el asiento trasero de su coche.

Alice había decidido tratarlo con indiferencia sin dejar de ser educada con él, no debía enfrentarse al hermano de su jefe, sobre todo teniendo en cuenta que éste dirigía parte de la empresa familiar. Así que Alice se esforzaba por mantenerse tranquila y paciente ante su comportamiento casi siempre provocativo. Afortunadamente no se veían muy a menudo, ya que él solía trabajar en Estados Unidos y ella repartía su tiempo entre Londres y Dublín.

–Disculpe...

Un fuerte acento de Texas hizo que Alice regresara a la realidad y alzara la mirada para ver al hombre canoso que había provocado tanto respeto por parte del maître.

–Ceno solo y me preguntaba...

Alice se sonrojó.

–Estoy esperando a alguien.

Él sonrió.

–Eso es evidente pero... ¿Quiere que le haga compañía mientras espera? Le aseguro que soy inofensivo.

Ella se rió.

–Lo dudo, en realidad estaba a punto de marcharme...

–¿La han dejado plantada?

–Eso parece.

–El hombre que esperaba debe de estar loco.

–No, sólo es un ser egoísta, maleducado y odioso.

Capítulo 2

Alice no tuvo que girarse para saber cuándo Luca O'Hagan entró en el restaurante. En aquel momento se hizo el silencio y segundos después se empezaron a escuchar comentarios en voz baja.

Ella se podía imaginar lo que estaba sucediendo, él fingiría no darse cuenta de la atención que estaba provocando, pero era perfectamente consciente y estaba dispuesto a usarla cuando le convenía.

Alice sonrió y trató de seguir concentrada en la historia que Seth, el hombre atractivo de la mesa de al lado, le estaba contando, tanto aquel hombre como la historia se lo merecían sin embargo la presencia de Luca se hacía notar, era un hombre que no dejaba impasible a nadie, o lo amabas o lo odiabas. Sien embargo ella no iba a permitir que su presencia la distrajera. Alice se rió y deseó haberlo hecho en el momento adecuado porque no había logrado prestar atención a las últimas palabras de Seth. Aquel hombre parecía el único impasible ante la llegada de Luca. Alice sintió cómo el hermano de su jefe se situaba junto a ellos.

–¿Qué has hecho con Roman, Alice?

El tono de Luca carecía de la amabilidad que solía caracterizarlo. A Alice no le sorprendió, aquel encanto lo guardaba para personas especiales, no para alguien como ella.

Alice no lo miró, sabía que no debía hacerlo. La experiencia le había enseñado que debía evitar mirarlo y hablar lo imprescindible durante los primeros momentos, por lo menos si quería evitar parecer una de aquellas mujeres a las que dejaba estupefactas con su presencia y su olor a colonia.

–No está aquí –dijo mientras alzaba su copa para evitar mirarlo.

–Eso es evidente –Luca acercó una silla y se sentó en la mesa.

–Recibió una llamada urgente –se hizo el silencio. De repente Alice recordó que debía ser educada–. Éste es Seth... –miró al hombre que estaba sentado frente a ella–. No soy muy buena recordando nombres.

–Chase –dijo Luca antes de que Seth pudiera hablar. Asintió con la cabeza–. ¿Qué tal estás, Seth?

A Alice le agradó notar que al texano no pareció molestarle la frialdad del tono de Luca. Le gustaba la gente que no caía rendida a los pies de Luca O'Hagan.

–Muy bien, gracias por el interés, Luca.

Ella miró a Luca unos segundos, la expresión de su cara era fría y distante, parecía mal humorado. Tal vez se hubiera levantado con el pie izquierdo, tal vez le faltaran horas de sueño por haber dormido acompañado... Pero, ¿acompañado por quién? ¿Acaso seguía con aquella modelo sueca, como decían las revistas? Tal vez la modelo se había dado cuenta de cómo era realmente y lo había dejado... Alice negó con la cabeza, no era asunto suyo. Miró a ambos hombres.

–¿Os conocéis? –preguntó ella mientras recordaba la descripción que le había hecho a Seth de Luca. Se estremeció.

Luca se quedó mirándola.

–Es evidente.

–Conocí a Luca hace un par de años, cuando viajé a Irlanda a comprarle a su madre unos caballos –le explicó Seth–. Mi padre quería introducir una raza nueva.

–Mi padre también está deseando introducir sangre nueva en la familia –dijo Luca con un tono burlón.

–¿Ahora le interesan los caballos? –le preguntó Seth.

–Desde que papá se retiró le interesa todo.

–Sigue presionando con el tema de siempre, ¿no?

–Todavía no se ha acostumbrado a estar retirado, si no fuera por mi madre, él seguiría trabajando, ¿hace cuánto que vosotros os conocéis? –le preguntó a Alice.

–Hace diez minutos.

Él la miró sorprendido.

–Es increíble.

–Os comportáis como si fuerais viejos amigos.

–¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? –le espetó ella.

–Tal vez nos conocimos en otra vida –intervino Seth.

Alice se quedó mirándolo y después miró a Luca.

–Le di pena.

–La pena no fue exactamente lo que me hizo acercarme.

–Eso me resulta fácil de creer –dijo Luca.

–Y si no lo hubiera hecho ahora mismo estaría en mi habitación llamando al servicio de habitaciones.

Luca pareció ignorarla.

–Ése es Seth, un caballero.

Ella se enfureció aún más.

–Algo que tú nunca llegarás a ser.

Luca apoyó los codos sobre la mesa y la miró fijamente.

–Dicen que cuando el sarcasmo está fuera de lugar es porque en realidad es enfado.

–Es curioso que alguien tan experto en comentarios sarcásticos inapropiados diga algo así –le dijo mientras sonreía.

–Esta vez te ha pillado, Luca –dijo Seth mientras se reía–. Antes de que llegaras estábamos...

–No tienes por qué darme explicaciones –dijo Luca al recordar lo que había visto al llegar. Todo estaba claro...

No había necesitado seguir las indicaciones del camarero ya que al llegar había oído la dulce risa femenina y no era el único que se sentía atraído por aquella forma de reírse, la mayor parte de los hombres del restaurante parecían interesados también por saber a quién pertenecía aquella risa. Estaba claro que si no hubieran estado acompañados, se habrían inventado cualquier excusa para acercarse.

Aunque él también lo habría hecho, pensó mientras observaba a Alice, que aquella noche llevaba un vestido que resaltaba su esbelta figura. El cuerpo de Luca respondió ante su atractivo y su primer impulso al ver a Seth sentado junto a ella fue el de abalanzarse sobre él. Quizá su hermano, estuviera dispuesto a casarse sin estar enamorado pero Luca sabía que no le agradaría estar con una mujer que flirteaba con cualquier hombre en cuanto él no estaba.

–¿Qué tal está la encantadora Natalia? –preguntó Alice

–Está estupendamente. Creo que Seth pensó que flirtear con ella tal vez lo ayudaría a conseguir una rebaja por el caballo, pero se equivocó, mi madre no mezcla el placer con el trabajo.

–Lo hice por el mero placer de hacerlo, no para conseguir nada a cambio –explicó Seth–. Es una mujer muy hermosa.

–Es de familia, o por lo menos eso es lo que dice la gente –dijo Luca.

De repente sonó un teléfono.

–Maldita sea. Pensé que lo había apagado –dijo Seth–. ¿Me disculpáis un momento?

–¿Qué caracteriza a tu familia, aparte del pelo rubio? –Alice tardó unos segundos en darse cuenta de que Luca se dirigía a ella. Fingió quedarse un rato pensativa.

–El desprecio a las personas que no miran a los ojos de su interlocutor, ¿sabes de qué clase de personas te hablo? Me refiero a las maliciosas y maleducadas...

Luca, que desde que había mencionado lo de su pelo se había quedado mirando el escote del vestido de ella, alzó la mirada y ambos se miraron fijamente.

Alice sintió una repentina emoción y se quedó desconcertada.

–Pensé que te sentirías ofendida si no me habría fijado.

Si en aquel tono hubiera habido algo de arrepentimiento, algo parecido a una disculpa, le habría perdonado, pero no era así... Alice estaba furiosa.

–Nunca te ha preocupado demasiado ofenderme.

–Pensé que no te darías cuenta.

–Sin embargo me he dado cuenta –bajó la mirada mientras pensaba que había pocas cosas de Luca en las que no se fijara. Frunció el ceño al darse cuenta de la ilógica fascinación que debía sentir por él.

–No, todavía no estamos listos para pedir –le dijo Luca a un camarero que se acercó para tomar nota.

Alice miró a su atractivo acompañante fijamente.

–Yo estaba lista para pedir hace dos horas –le informó con un tono serio.

Él alzó una ceja y la miró fijamente.

–No pude evitar el retraso, me retuvieron en contra de mi voluntad.

–¿Y cómo se llamaba ella?

En cuanto formuló la pregunta, se arrepintió de haber hecho un comentario como aquél, tan propio de una novia celosa, y ella no lo era.

En realidad Alice dudaba que cualquier novia de Luca O'Hagan que exigiera saber o que se quejara de su falta de interés consiguiera algo de él, después de todo había muchas otras mujeres

dispuestas a reemplazarla. Decidió añadir algo que dejara claro que la vida personal de Luca no le interesaba.

–¿O ni siquiera le preguntaste cómo se llamaba?

Ella dejó de mirar aquella cara tan atractiva y se fijó en su copa. Se hizo un breve silencio.

–En realidad yo...

–No quiero que me cuentes detalles, supongo que hay hombres que nunca maduran...

–¿He de suponer que me incluyes entre ellos? ¿Por qué nunca pareces mirar más allá de tus narices? ¿Por qué nunca pereces llegar a mirarme de verdad? –se detuvo y con una expresión divertida en la cara le tocó la nariz a Alice. Fue un gesto inesperado.

Alice se sobresaltó y su pulso se aceleró.

–¿Por qué has hecho eso?

–No lo sé –aquello no era del todo cierto, siempre había deseado tocarla, comprobar si aquella piel tan aterciopelada era realmente tan suave como parecía.

Alice esperaba una respuesta inteligente y sarcástica, pero al oír aquélla fue incapaz de alzar la mirada, el rumbo que estaba tomando aquella conversación la estaba asustando como también la asustaba la tensión que se estaba creando entre ambos.

El incómodo silencio tenía un significado que ella no quería analizar, así que decidió romperlo.

–Por cierto, no hace falta que te disculpes por llegar tarde, he disfrutado mucho de estas dos horas sola –le dijo levantando la mirada y mirándolo muy enfadada.

–Lamento haber llegado tan tarde.

–No es cierto.

–*¡Per amor de Dio!* Me da la impresión de que estoy en un callejón sin salida.

–Tú mismo te has metido dentro...

Luca se apartó de la mesa y cruzó las piernas.

–Cuando alabé tu vestido a ti no te gustó –sonrió con malicia–. ¿O tal vez sí te gustó? –ella lo miró con tanta furia que él sonrió aún más.

–¡No estabas mirando el vestido!

Luca volvió a bajar la mirada...

Alice tomó aire mientras se decía a sí misma que debía tranquilizarse, que tan sólo la miraba de aquella forma para burlarse de ella, que no lo hacía en serio. Sin embargo al levantar la mirada, ella vio en los ojos de él algo que no tenía nada que ver con la burla...

–Tienes razón, no miraba el vestido.

Alice lo miró fijamente antes de apartar la mirada definitivamente, lo que había visto en aquellos ojos la había puesto nerviosa. Sus piernas no paraban de temblar. Se dijo que no debía darle importancia, después de todo ella no era su tipo y probablemente no era capaz de fijarse en ella aunque estuviera desnuda. Aquella mirada no significaba nada.

–Además, no estábamos hablando de mi ropa sino de tu falta de consideración.

–¿Ah, sí? Debías haberlo dicho antes. Bien, lamento mucho haber llegado tarde.

Los ojos azules eran lo único de Luca que no encajaban con el aspecto latino que tenía. El carácter insolente y cambiante, aquella mirada que sabía usar para atraer a las mujeres... Alice luchaba por verlo con condescendencia, sin embargo no podía evitar sentir ciertos nervios cuando estaba con él.

–Disculpas aceptadas –le dijo ella con voz sugestiva.

Luca levantó la mirada de los pechos de Alice, nunca le había oído hablar así. En lo que sí se había fijado antes había sido en aquellos pechos.

Se había fijado en ellos en varias ocasiones.

–Es usted muy amble, señorita, y ahora dime, ¿sueles inventarte las reglas con frecuencia?

–Por lo menos soy consciente de que existen reglas que hay que cumplir –ella sabía que si existía algún hombre capaz de saltarse las reglas sociales, ése era Luca. Apartó la mirada de los ojos de él y al hacerlo vio algo en su cara que le llamó la atención–. ¿Te has peleado con alguien?

Luca se tocó un lateral de la mandíbula casi instintivamente.

–Deberías ver cómo quedó mi contrincante.

Alice se fijó mejor y se dio cuenta de que los labios de él también estaban algo hinchados.

–¿Crees que tiene gracia? –ella no quiso ocultar lo mucho que

odiaba las peleas, que estaba en contra de la violencia. Pensaba que siempre había una salida, otra forma de solucionar los problemas sin tener que recurrir a la violencia.

Inconscientemente la mano de Alice fue a parar a su estómago. Los médicos habían hecho un buen trabajo, pero ella nunca olvidaría el día en que había sido la víctima de una acto de violencia, el mismo día en que había conocido al hermano menor de su jefe.

Recordó la noche en que él la había llevado en brazos, era como si aquello le hubiera pasado a otra persona y no a ella. Tenía vagos recuerdos, de Luca maldiciendo en italiano cuando ella preguntó por Roman, recordaba también la fuerza de sus brazos, su fragancia masculina, el calor y la fuerza de su pecho.

Quizá todo aquello que había sentido se debía al alivio que la embargaba, el alivio por saber que había alguien que se hacía responsable. Alice había podido abandonarse, no había tenido que mantenerse atenta y controlándolo todo y quizá por aquella razón el recuerdo estaba nítido en su memoria.

La rapidez con la que Luca había reaccionado le había salvado la vida, era evidente que ella habría tenido muchos problemas si él no hubiera aparecido.

Aunque los dos sucesos no estaban relacionados, ella no podía separarlos, no podía separar el momento en que la habían acuchillado con el momento en que había visto a Luca por primera vez.

–¿Has ido al médico?

Luca no le respondió, se miraron fijamente y ella se dio cuenta de que de alguna forma, él sabía lo que ella había estado recordando. Alice notó la mano sobre su estómago y la dejó caer.

La expresión de Luca se suavizó.

–Fue un incidente sin importancia, eso es todo, Alice –en realidad Luca se había hecho aquel moretón al salvar al niño.

Ella levantó la mirada, él no solía llamarla por su nombre y, cuando lo hacía, sentía una debilidad en su interior que luchaba por no mostrar.

–Roman recibió una llamada urgente.

–Eso ya me lo has dicho.

–¿Ah, sí?

–Supongo que estás de malhumor porque Roman te ha dejado plantada.

–¿De malhumor? Yo no estoy de malhumor –frunció el ceño–. ¿Por qué me miras así?

–¿Cuántas copas de vino te has bebido?

–No las suficientes.

–¿Cuándo comiste por última vez?

Alice no pudo apartar la mirada de un postre que estaba sirviendo un camarero.

–Hace tres semanas.

–¿Tres semanas?

–Sí, hace tres semanas que no como comida de verdad, estoy a dieta. Es de locos, ¿no crees? La mitad de la población del mundo se muere de hambre mientras la otra mitad está a dieta.

–¿A dieta? ¿Y por qué estás a dieta?

Alice lo miró incrédula.

–Creo que es bastante evidente, sobre todo con este vestido.

Ella estaba mirándose el vestido cuando se dio cuenta de que sus palabras invitaban a que él la inspeccionara detenidamente. Cerró los ojos horrorizada.

No se atrevía a levantar la mirada. Pero cuando lo hizo, se dio cuenta de que él había aprovechado su invitación y ella intentó simular que su escrutinio no la molestaba. Sin embargo, cuando él la miró a la cara, Alice estaba tan sonrojada, que era imposible esconderlo.

–Ese vestido deja claro algo evidente, y eso es que a la mayoría de las mujeres les encantaría tener un cuerpo como el tuyo, la fantasía con la que cualquier hombre soñaría.

Alice se rió nerviosa.

–¡Por supuesto!

–¿Crees que estoy bromeando? –él parecía perplejo.

–Los diseñadores no hacen ropa para mujeres con un cuerpo como el mío.

–Eso es porque si lo hicieran la gente no se fijaría en la ropa.

–¿Y entonces qué mira...? –no terminó la frase y se sonrojó.

Luca sonrió.

–Eso es, y ahora, ¿qué te parece si pedimos algo para comer?

–No tengo hambre y además, no sería correcto si pidiéramos

antes de que Seth regresara.

–Tú debes comer de todas formas, más teniendo en cuenta lo que has bebido. Y yo preferiría que Seth no regresara.

–¿Acaso insinúas que estoy borracha?

Él sonrió.

–¿Acaso no lo estás?

–El que no diga lo que a ti te gustaría oír no quiere decir que esté borracha.

–Creo que mañana por la mañana no pensarás lo mismo.

–¿Quieres decir que no digo más que tonterías?

–Estás hablando, normalmente te comportas como si cada cosa que dijeras pudiera ser usado en tu contra, aunque siempre consigues dejar claro lo que piensas, eres la reina de los silencios que lo dicen todo.

–Nunca pensé que te pudiera interesar algo que yo diga, ahora sé que podemos tener conversaciones agradables.

Él detecto la ironía de su palabras.

–Estoy deseándolo.

Luca hizo una mueca de ironía y ella no pudo evitar fijarse en aquellos labios expresivos y extremadamente sensuales, era una boca que pedía ser besada.

Alice se preguntó si Luca besaría bien, si aquello se conseguía con la práctica, seguramente besaría de maravilla. Pensó en las mujeres con las que había estado, todas ellas eran mujeres muy hermosas, de aquellas que al pasar atraían la atención de todos los hombres.

De repente Alice lo miró y se dio cuenta de que debía llevar mucho tiempo mirándolo y se sonrojó de vergüenza.

Luca debía tener razón, había bebido demasiado.

No había otra posible explicación para su comportamiento.

Alzó la mirada y miró a la persona que se acercaba a ellos y sonrió.

–Aquí viene Seth, por favor, intenta ser agradable.

–Yo siempre soy agradable.

Aquello era tan falso que ella no se molestó en replicar.

Capítulo 3

Algún problema? –le preguntó Luca a Seth.

Seth asintió con la cabeza.

–Me temo que sí, voy a tener que irme.

–¡No, por Dios! –ambos hombres se quedaron perplejos mirándola y Alice se sonrojó–. Quiero decir, nos gustaría que te quedaras a cenar con nosotros, Seth –dijo mirando a Luca como para retarle a negarlo.

–No es verdad –replicó Luca, aceptando el desafío.

Alice miró a Luca fijamente y él se encogió de hombros. Sintió ganas de sacudirlo, algo imposible considerando su peso y tamaño. Luca era un hombre muy alto y tenía un cuerpo propio de un atleta. Bajó la mirada y observó que Luca tenía un pequeño roto en la camisa que dejaba ver el dorado color de su piel. El pulso de Alice se aceleró.

Normalmente Luca tenía un aspecto inmaculadamente cuidado, cada pelo, cada doblez de su ropa parecía estar en su sitio. Tal vez el roto se debía al incidente que antes había mencionado.

Se giró hacia Seth con la sonrisa más encantadora que fue capaz de esbozar.

–A mí sí me encantaría que cenaras con nosotros –insistió Alice..

–Y a mí también me encantaría –dijo Seth con un suspiro.

–A los hombres les gusta que las mujeres sean directas –le había dicho una vez a Alice su hermana.

–A mí las mujeres muy directas me asustan –había replicado su hermano Tom.

–Te asustan a ti, los hombres maduros y que confían en sí mismos no se asustan de las mujeres fuertes que saben lo que quieren –había contestado su hermana.

Aquello había sido el comienzo de una discusión acalorada y había llegado el momento de comprobar cuál de sus hermanos tenía razón, aunque en realidad ella no se sentía atraída por Seth.

–¿Nos volveremos a ver?

Seth pareció sorprendido pero no asustado.

–Si sigues aquí a finales de esta semana te daré entradas para la inauguración de la exposición de Kreb.

–Todavía no sé cuánto tiempo nos quedaremos, pero...

–Roman la mantiene muy ocupada –intervino Luca, miraba fijamente la mano que Seth había apoyado sobre el hombro de Alice.

–Llámame, me encantaría acudir aunque no creo que pueda permitirme comprar ningún cuadro.

–Estoy seguro de que Seth te comprará algo si se lo pides –dijo Luca.

Alice apretó los puños y Luca observó cómo ella se sonrojaba y después recuperaba su color.

–Tranquila, sólo estaba bromeando.

Seth parecía muy dispuesto a creerlo, pero ella no.

–Por supuesto que te llamaré, ¿te alojas en este hotel?

Ella asintió, Luca la estaba mirando fijamente.

–¿Los dos? –preguntó Seth mirando a uno y después al otro.

Era una idea tan absurda que Alice tardó varios segundos en darse cuenta de lo que Seth quería decir, cuando lo hizo frunció el ceño y lo miró horrorizada.

–¿Quién? ¿Luca y yo? –preguntó ella aún incrédula.

–No os peleáis como si fuerais amigos, sino más bien como si fuerais un matrimonio, o como... amantes.

Alice lo miró como si de repente se hubiera vuelto loco.

–No nos peleamos como amigos porque no lo somos –giró la cabeza esperando ver una expresión de espanto como la suya en la cara de Luca, o de risa ante la absurda idea... Pero no había ninguna de las dos.

Luca permanecía inmóvil, como paralizado. Había un brillo extraño en sus ojos, pero nada que pudiera interpretar ella, era muy difícil saber lo que un hombre como él estaba pensando.

–Perdonad, chicos, me habíais dado otra impresión.

Ella dejó de mirar a Luca y se dirigió a Seth.

–Así es, ¿acaso me parezco a alguna de las mujeres con las que sale?

Seth pareció divertido con la pregunta.

–Pensé que Luca tal vez habría decidido buscar a alguien con

más clase en sus conquistas.

–Veo que crees en los milagros, y tienes sentido del humor, me gustan los hombres con sentido del humor.

–Soy un hombre fácil de agradar –le aseguró él mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla–. Te llamaré. Me alegra haberte visto, Luca.

Al verlo marchar, Alice sintió un repentino pánico, le asustaba quedarse sola con Luca.

–Yo tengo sentido del humor –afirmó Luca.

–No, tú lo que tienes es un ingenio que utilizas para ridiculizar a la gente, y eso no es lo mismo.

Luca se encogió de hombros.

–Pensé que nunca se iría –suspiró y se apoyó contra el respaldo de la silla–. Ya estamos listos para pedir –le dijo al camarero que se había vuelto a acercar a su mesa.

–Yo no lo estoy, no tengo hambre –en realidad sí tenía hambre, pero no tenía ganas de cenar con él.

–Lo lamento, la señorita todavía no se ha decidido.

–No es necesario que te disculpes por mí. Te has comportado muy mal con Seth.

–He tenido un mal día.

–Qué pena me das...

–Y veros a Seth y a ti coqueteando no ayuda a que me calme.

–¡No estábamos coqueteando!

–¡Pero si no dejabais de tocaros! El ambiente estaba tan acalorado que pensé en arrojaros un cubo de agua fría a los dos.

Alice se quedó boquiabierta y sin saber qué contestar, cuando por fin lo hizo estaba muy enfadada.

–No me dignaré a preguntarte lo que tú esperabas hacer para calmarte –Alice no pudo controlar sus pensamientos, que no dejaban de ofrecerle una visión de Luca sin corbata, sin camisa, sin... Se detuvo a tiempo, antes de que perdiera completamente el control de la situación.

Luca apoyó los codos sobre la mesa y la miró fijamente. Su respiración entrecortada hizo que el pulso de Alice se acelerara. Después él apoyó su barbilla sobre las manos y le lanzó una mirada intensa y muy masculina. Ella no podía apartar la mirada de él y sintió algo extraño.

–¿Por qué? –dijo él–. ¿Tienes miedo de descubrir que los dos tenemos formas parecidas de calmarnos?

Aquella voz susurrada y seductora provocó un escalofrío en ella, no pudo controlar el rojo de sus mejillas, pero tenía suficiente orgullo como para no apartar la mirada.

–Lo dudo mucho –aquella respuesta no fue tan firme como hubiera deseado.

Luca se encogió de hombros y se apoyó contra el respaldo de la silla.

–¿Qué crees que diría Roman si supiera que coqueteas con los hombres en los bares?

–¿Roman? –ella pensó que su jefe la animaría a seguir adelante, siempre estaba reprochándole que no tenía vida privada. Según su jefe se sentía culpable, aunque ella sabía que no lo suficiente como para darle menos trabajo.

–Por cierto, has sido muy astuta al elegir a Seth.

Alice frunció el ceño.

–¿Acaso no sabías que es el dueño de la mitad del estado de Texas y que es hijo único?

–No, no lo sabía –le respondió enfadada.

–Pues ha sido una casualidad muy afortunada.

–¡Es la verdad! –exclamó ella. Después apartó la mirada–. Claro que ahora que lo sé, intentaré que se comprometa lo antes posible.

–Estoy seguro de que tú eres más discreta que eso.

–¡Dios mío! ¡Un cumplido!

–Una mujer un poco inteligente sabe ser discreta, sabe hacer que el pobre hombre piense que lo del matrimonio fue idea suya.

–Supongo que cuando hablas de inteligencia te refieres más bien a esa astucia perversa que los hombres asociáis a las mujeres. No sabía que fueras tan misógino –lo miró fijamente–. ¡Cállate de una vez! –exclamó ella. Después sonrió como disculpándose a la pareja que estaba sentada junto a ellos y que se habían quedado mirándola.

–No he dicho nada.

Si hubiera estado tranquila se habría burlado de la inocencia de su tono, pero no lo estaba, estaba agotada de discutir.

–Pero ibas a hacerlo.

Él bajó la cabeza.

–Sabía que iba a ser una velada horrible, pero no imaginaba que llegaría a serlo tanto. Y para que los sepas, si hubiera coqueteado con Seth no lo habría hecho por su fortuna.

–Nunca imaginé que te gustaran los hombres con sombrero vaquero.

–Depende de quién lo lleve.

–¿Debería tomármelo como algo personal?

–Como quieras –le contestó con una sonrisa tan falsa como la que acababa de hacer él–. ¿Qué pasa, Luca? ¿Acaso te preocupa que las chicas se interesen más por tu fortuna que por ti? ¡Pobre Luca!

Luca le ofreció la sonrisa más falsa que fue capaz de hacer.

–Te importo... Estoy conmovido, de verdad.

–Lo que está algo movida es tu cabeza.

–En realidad a la mayoría de las mujeres les atrae mi cuerpo.

–Justo lo que me temía, te has empezado a creer lo que las revistas dicen de ti. Dudo mucho que las mujeres que escriben en esas revistas sepan escribir poco más que su nombre.

–¿Por qué no eres un poco más solidaria con tus congéneres? Después de todo tú también lees esas revistas. Además, ¿de qué artículo estamos hablando? Hay tantos...

Alice lo miró con desprecio.

–Sé que ser un objeto sexual es una pesada carga pero... Sobreviviré.

Alice no respondió, no le resultaba fácil hablar. Le dolía la mandíbula por la tensión acumulada, ¿cómo podía hablar con tanta frivolidad de algo tan importante para las mujeres? No podía dejarlo pasar.

–Tu fortaleza y tu sentido del deber son admirables.

Su ironía parecía divertirle.

–Y para que lo sepas, si hubiera decidido coquetear con Seth o con cualquier otro hombre, me daría igual lo que tú o Roman pudierais pensar, porque, aunque te parezca extraño, el trabajar para un O'Hagan no incluye la vida privada –se tapó la boca y bostezó.

Él la miró fijamente.

–¿Estás cansada?

–Sí, muy cansada de esta conversación.

Cuando se levantó de la mesa se dio cuenta de que estaba

haciendo lo que debía haber hecho hacía horas, ¡irse de aquel lugar! Ella no solía abandonar el campo de batalla, solía luchar hasta el final, sin embargo ésta era una batalla que no podía ganar.

Podía lidiar con el fuerte carácter de Luca, pero no podía enfrentarse a su increíble atractivo. Le costaba mantener la compostura sin dejarse llevar por las fantasías eróticas de su cabeza. Podía seguir luchando contra Luca, pero no contra el deseo que él desataba en ella.

–Así que si me disculpas…

Él la miró atónito.

–¿Y si te digo que no te disculpo?

–No lograrás nada con ello –le dijo antes de alejarse. Llegó hasta la entrada y en aquel momento él la alcanzó. Alice sintió cómo el peso del día se le hacía evidente, el estrés vivido le provocó temblores por todo el cuerpo.

–Pensé que debía seguirte.

Alice se detuvo. Había sido una noche horrible y aquella era la gota que colmaba el vaso. Se giró para mirarlo fijamente.

–No, no debías seguirme.

–Disculpa, no estoy familiarizado con las reglas que un hombre ha de seguir cuando una mujer se va de la mesa de repente, nunca me ha pasado…

Estaba claro que era una cuestión de orgullo, no podía permitir que una mujer le hiciera algo así. Ella se enfadó de nuevo.

–Estupendo, ya tengo un lugar en los libros de historia. La mujer que se levantó de la mesa de Luca O'Hagan, no hay privilegio mayor, excepto quizá ser la mujer que encuentre una cura para el cáncer, ¿crees que escribirán algo sobre mí?

–Creo que.. –se quedó mirando fijamente su boca–. Esa boquita astuta tuya te va a dar problemas un día de éstos.

–Tal vez, aunque también podría librarme de ellos, perdón, se me olvidaba que tu prefieres entenderte a base de puños, ¿no es así?

–No he estado peleándome.

–No importa lo que hayas estado haciendo, antes de irme a la cama quisiera dejarte claras un par de cosas. De hecho se trata de tres cosas, en primer lugar, no me he levantado de la mesa de repente, he realizado una salida elegante y discreta.

–Acepto la rectificación.

–En segundo lugar, quizá ninguna otra mujer te lo haya hecho, sin embargo estoy segura de que habrían deseado hacerlo y en tercer lugar –se quedó en silencio unos segundos–. En realidad no hay tercer lugar.

Ella se quedó tan sorprendida al notar cómo Luca la agarraba del brazo y la acercaba hacia él, que fue incapaz de resistirse. Iba a protestar cuando observó que un grupo de personas se acercaban al bar y entendió por qué la había agarrado.

Alice se fijó en las manos de él, sintió ganas de permanecer agarrada.

–No me gusta que… –empezó a protestar, pero un codazo en las costillas hizo que se tambaleara. Puso una mueca de dolor.

–¿Estás bien?

–Lo lamento, no la he visto –le dijo una mujer con una expresión de preocupación.

–Estoy bien, ha sido culpa mía, no estaba mirando, no se preocupe.

–¿Está segura?

–Por supuesto –sonrió y la mujer se alejó.

Luca se quedó paralizado al darse cuenta de algo. Era la primera vez que salía detrás de una mujer. Nunca lo había hecho, pero estaba seguro de que la mujer se habría sentido alabada, cualquier mujer excepto la que tenía delante de él.

–Luca, ¡necesito salir de aquí ahora mismo!

Capítulo 4

Luca se giró preocupado, había algo extraño en el tono de Alice.

–¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? –le preguntó al ver cómo Alice palidecía poco a poco.

Ella negó con la cabeza, le costó un gran esfuerzo hablar.

–Sólo necesito algo de aire fresco... Ahora.

Le estaba mirando fijamente, pero era como si no lo estuviera viendo. Parecía muy asustada.

–¿Estás herida? Alice, dime algo...

Alice pudo escuchar su nombre e hizo un gran esfuerzo por contestar.

–Creo que sólo... –intentó moverse, pero parecía como si sus pies estuvieran pegados al suelo. A las piernas parecía costarles aguantar el peso de su cuerpo.

Podía ver los labios de Luca moverse, pero no lograba entender lo que le estaba diciendo, una secuencia de imágenes sin sentido se cruzaron por su cabeza. Estaba muy asustada, se llevó la mano hasta su frente y sintió un frío repentino.

Estaba sucediendo de nuevo.

El médico lo había llamado de alguna forma, eran ataques de ansiedad provocados por la situación traumática que había vivido.

–Pero yo no siento que tenga ansiedad –le había dicho ella al médico, segura de que el doctor debía estar equivocado.

El doctor le había mirado por encima de las gafas.

–Usted fue acuchillada, ¿no es así? Y es viuda, ¿desde hace cuánto?

–Mi marido murió hace unos años –le dijo ella, y el ataque lo sufría hace tiempo. Desde el incidente nunca había tenido pesadillas ni se había levantado sobresaltada en mitad de la noche. Negó con la cabeza–. ¿Por qué me pasa esto ahora?

–Quién sabe.

–Yo esperaba que usted me lo explicara –replicó ella.

El médico sonrió..

–Es bueno ver que aún conserva su sentido del humor. No soy ningún experto pero… –se detuvo y le dio una tarjeta–. Conozco a un gran profesional en ese campo. Es habitual que cosas así sucedan un tiempo después del suceso, a veces pasa… Quizá haya sido fruto del estrés…

–Yo no padezco de estrés, por lo menos no lo padecía hasta que esto empezó a pasarme. No duermo bien –tomó aire, la verdad era que tenía miedo de dormirse–. Me ha pasado dos veces estando en el trabajo. No estoy segura de cuánto tiempo podré seguir ocultándolo –afirmó preocupada.

–¿Acaso debe ocultarlo? ¿Su jefe no lo entendería?

–No se trata de eso –lo que Roman sentiría sería más bien culpa. Le había costado mucho superarlo, no paraba de hablar del tema cuando ella salió del hospital.

Si su jefe, que se sentía responsable de todo lo que podía, se enteraba de lo que le pasaba tendría otro ataque de culpa. Alice no quería que algo así sucediera, quería evitarlo fuera como fuera. Roman era un hombre incapaz de ser razonable.

–Y no quiero que nadie más lo sepa –dijo ella con firmeza.

–Tal vez no tenga opción, podría empeorar –al ver la expresión de ella añadió–. Aunque también…

–Podría pasar lo contrario –terminó ella.

Él se encogió de hombros.

–Así que no sabe lo que puede pasar.

El médico seguía siendo ambiguo.

–No es una ciencia exacta, la mente humana es muy compleja.

–Eso no me tranquiliza.

–Podría concertarle la cita con el especialista, si usted quiere.

–En realidad voy a estar fuera del país las próximas semanas, mejor será que yo le vuelva a llamar, además…

–Los psicólogos no tienen nada de malo, señorita Trevelyan.

Alice sonrió, se había fijado en la dirección de la consulta del psicólogo y aquella zona no era barata.

–No se preocupe, lo llamaré en cuanto tenga un hueco en la agenda.

Sin embargo no lo había hecho, la idea de que un extraño examinara su subconsciente no le agradaba. ¿Acaso los psicólogos no eran para la gente que no tenía amigos con los que hablar?

Alice tenía amigos, pero no quería molestarlos con sus problemas y decidió buscar información sobre los ataques de ansiedad post-traumáticos en Internet. Cuando supo lo suficiente sobre el tema decidió que podía enfrentarse sola sin tener que recurrir a ningún tipo de terapia.

Según un artículo que había leído, aquellos ataques podían ser provocados por un sonido o por un olor, ella los había padecido a causa de un olor, el olor del perfume que le habían regalado por su cumpleaños y que era el mismo que había llevado la persona que los había atacado. Aquella mujer que acababa de tropezarse con ella también llevaba el mismo perfume.

–¿Puedes andar? –la voz de Luca la devolvió al presente

–Creo que sí.

–*Madre de Dio*. Voy a llamar al médico.

–No, no lo hagas... –tomó aire–. Lo siento, mira, creo que sí puedo andar, ya se me está pasando.

Luca la miró fijamente, estaba tan pálida que parecía que iba a desmayarse.

Negó con la cabeza.

–Voy a llamar al médico.

–No necesito un médico. Luca, por favor, sólo necesito un poco de aire fresco y estaré bien.

Ella se sintió muy aliviada al notar cómo él la agarraba de la cintura, suspiró y apoyó la cabeza sobre su pecho.

–Gracias, lamento ser una molestia.

–Estás temblando como una hoja –dijo él cuando llegaron a lo alto de las escaleras–. Creo que debería haber llamado al médico.

–Por favor, no lo hagas, Luca –Luca se fijó en la mano que se agarraba con fuerza de la manga de su camisa.

De repente Alice se dio cuenta de que estaba siendo llevada por Luca O'Hagan por segunda vez.

–Tú siempre estás cerca cuando necesito que alguien me lleve... Es evidente que no cuentan los momentos en los que era un bebé –Alice se dio cuenta de que aquel hombre olía muy bien.

–Ya no eres un bebé.

–¿Acaso estoy diciendo tonterías?

–No más de lo habitual.

–Me alegro.

–¿De qué te alegras?

–Me alegro por ti –se incorporó un poco–. Puedo caminar sola –aunque prefería no hacerlo.

Él agarró suavemente su cara con las manos y le obligó a que lo mirara.

–Y aunque no pudieras hacerlo preferirías caerte de bruces antes que dejar que yo te llevara –le miró la cara minuciosamente y pareció encontrar lo que estaba buscando porque la soltó.

Alice se quedó inmóvil e inspiró lentamente varias veces mientras él le ponía su chaqueta por los hombros.

–Bien, ¿no iras a desmayarte estando conmigo, no? –le preguntó él.

–No, por supuesto que no.

–Lo de por supuesto no es tan evidente.

–Me sentía un poco mareada, ahora ya estoy bien –logró introducir algo de ánimo en su forma de hablar–. Regresa y cena tú, yo daré un pequeño paseo –cuando estaba a punto de devolverle la chaqueta él colocó las manos sobre los hombros para evitar que lo hiciera.

–No seas estúpida –un grupo de gente se detuvo y se quedó mirándolos.

–Por favor –murmuró Alice–. La gente nos está mirando, caminemos un poco –él no respondió y ella le agarró la mano–. Vamos.

Durante unos instantes pensó que él no iba a colaborar, pero un segundo después la agarró de la mano. Ella sintió un fuerte deseo de recorrer todo su cuerpo y casi se tropieza, pero de alguna forma lo evitó y siguió caminando.

Había algo absurdo en aquello, después de todo estaba caminando agarrada de la mano de Luca O'Hagan, seguían agarrados cuando los flashes de las cámaras los cegaron. Sin pensarlo demasiado, Alice se refugió en el pecho de Luca y él la ocultó hasta que pararon.

–Ya se ha ido –tomó la cara de ella entre sus manos–. ¿Estás bien? Tienes mejor color.

–Estoy bien, ¿qué era eso?

–Un fotógrafo.

–¿Por qué nos estaba haciendo una foto?

–Supongo que la venderá junto con la que hizo cuando te saqué el hotel en brazos.

–¡Dios mío! –lo miró muy preocupada–. ¿Aparecerá en los periódicos? –no le agradó la idea, pero le reconfortó saber que nadie conocido la vería.

–Probablemente.

–Supongo que podrás explicarles que estaba enferma, ¿no es así?

–Dirán que estábamos bebidos.

En aquella ocasión no tenía las fuerzas suficientes cómo para reprocharle que la hablara como si ella fuera una niña.

–Eso es lo peor que pueden decir, ¿no?

–No, lo peor que pueden decir es que habías consumido drogas.

–Pero no es verdad, sólo he bebido un poco... Yo no hago cosas como ésas.

–¿Crees que el hecho de que no sea verdad evitará que lo escriban y lo publiquen? *Dio mio*, ¿en qué mundo vives, *cara*?

–Esto es terrible, lo siento tanto... Yo tengo la culpa de todo –dijo ella mientras se mordía el labio inferior.

–No seas tonta, no es culpa de nadie, a no ser que tú les avisaras que íbamos a salir del hotel y que yo te iba a llevar en brazos.

–¿Y por qué iba a hacer algo así?

–Te sorprendería lo que la gente es capaz de hacer, el fotógrafo ha tenido mucha suerte, no te culpes.

Él la llevó al otro lado de la calle.

–Vamos, está en el siguiente cruce –dijo él cuando terminaron de cruzar.

–¿El qué?

–Adónde nos dirigimos.

–¿Acaso nos dirigimos a algún lugar?

–Yo no pude cenar y tú llevas semanas sin comer bien, conozco un pequeño restaurante italiano que está muy bien.

–No puedo permitir que me invites a cenar.

–El negarte a hacer todo lo que te propongo es algo innato en ti, ¿no? –Luca sonrió al verla abrir la boca y volver a cerrarla–. Además, ¿quién ha dicho que te voy a invitar?

Ella bajó la mirada.

–No quise decir eso.

–Lo sé.

Alice frunció el ceño.

–Si Roman se entera que me has invitado a cenar en un restaurante le va a parecer muy extraño.

–¿Acaso le pides permiso a mi hermano antes de salir con alguien?

–Por supuesto que no, es sólo que se trata de ti... –dijo ella con brusquedad sin poder evitar sonrojarse–. Y es evidente que sé que esto no es una cita –se apresuró a decir.

–Es muy evidente.

Ella lo miró para observar el gesto de su cara y aunque no podía interpretar lo que veía, le dio la impresión de que había dicho algo que lo había enfadado mucho.

–Bien, ahora que hemos logrado estar de acuerdo en algo, ¿por qué no me haces un favor y haces por una vez lo que te dicen? Sólo por esta vez. Cuando no he comido me pongo de malhumor.

–Tienes malhumor en general.

–Y cuando comas algo, me podrás explicar lo que te ha pasado.

Alice se puso tensa.

–¿Lo que ha pasado?

–Entiendo que poner una cara como si estuvieras viviendo tu peor pesadilla y estar a punto de perder el conocimiento se te puede haber olvidado, sobre todo teniendo en cuenta que pasó hace... ¿Cuánto fue? ¿Hace diez minutos tal vez?

–No hace falta que seas tan sarcástico.

–Te equivocas, sí hace falta que lo sea, el sarcasmo es lo único que permite controlar mis gansas de be... de estrangularte.

–Tal vez he bebido demasiado, pero como puedes ver, ya estoy bien –sonrió con ganas para dar el tema por zanjado.

–Es evidente que todo han sido imaginaciones mías.

–Ya te lo he explicado todo.

–Dejemos el tema, ¿de acuerdo?

Alice estaba muy dispuesta a dejar el tema y asintió, él debía tener alguna razón para estar molesto, ella se había esforzado mucho en ser desagradable con él, le había dejado sin cenar y probablemente no le agradara la idea de tener que darle explicaciones sobre las fotos a la encantadora Ingrid.

Llagaron a la entrada del restaurante que estaba en un callejón.

–Cuidado con las escaleras, están muy empinadas –dijo él.

El interior del restaurante era un lugar lleno de encanto. Era una habitación pequeña pero muy acogedora y decorada con estilo rústico. Había mucha gente y de todo tipo. Unos, vestidos de una forma informal y otros, muy elegantes.

Era imposible que lograran encontrar una mesa libre.

–Parece lleno –le dijo a Luca mientras él le quitaba la chaqueta de los hombros.

–Estoy seguro de que podrán encontrar algún hueco para nosotros.

–Eres demasiado grande como para caber en un hueco. Será mejor que nos vayamos.

–Si acabamos de llegar.

–Es evidente que hay que reservar –dijo ella mientras seguía un plato de aspecto delicioso con la mirada y se daba cuenta del hambre que tenía–. Esto es cruel.

Dos minutos después ambos estaban sentados en una mesa en uno de los reservados. Los del restaurante habían tratado a Luca con mucho cariño y amabilidad, era como si para ellos fuera alguien muy importante. El dueño, Paolo, que le había dado dos besos muy efusivos para saludarla, les había tomado nota en persona.

Antes de que ella hubiera podido mirar la carta, Luca se la había quitado y se la había devuelto a Paolo.

–Dejaremos que tú elijas por nosotros, Paolo, si te parece bien, Alice.

Alice se limitó a asentir, no tenía otra opción.

Los camareros estaban tan ocupados que Alice se resignó a tener que esperar mucho para que les sirvieran, pero poco después apareció una chica muy guapa que se parecía a los otros camareros.

–Lamento haberos hecho esperar –dijo ella.

Cuando la chica sirvió sus platos y se alejó, Alice se dirigió a Luca.

–¿Se parecen todos, verdad?

–Este es un negocio familiar, Gina es la nieta de Paolo.

–¿Por qué los conoces tan bien? –tal vez sólo conocía bien a la chica–. No parecen el tipo de gente con la que tú... –se detuvo y negó con la cabeza–. Parecen muy amables y esto tiene muy buen aspecto.

Desgraciadamente, Luca no parecía muy dispuesto a dejar el tema.

–¿Gente con la que yo qué, Alice? ¿Con la que yo me relaciono? ¿Con qué tipo de gente se supone que me relaciono yo? Crees que soy un esnob muy elitista, ¿no es así?

Ella levantó la mirada, la confusión se reflejaba en su mirada.

–En realidad no sé cómo eres de verdad, me tienes muy confundida.

Él la miró fijamente durante unos segundos, después pareció cambiar repentinamente de humor y sonrió.

–La primera vez que vine aquí terminé fregando los platos.

Alice se quedó atónita.

–¿Tú?

–Me robaron la cartera y no me enteré hasta que fui a pagar, Paolo me dio a elegir, llamar a la policía o fregar los platos.

–¿Y tú preferiste fregar los platos?

Él asintió, parecía divertirle verla tan sorprendida.

Alice se olvidó de la comida y dejó el tenedor.

–Pero la policía podría haber confirmado que tú no eras un timador.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

–No llevaba mucho tiempo en la ciudad y no conocía a casi nadie, de hecho… Tal vez me sintiera solo.

Alice negó con la cabeza.

–¡Estás bromeando! ¿Quieres hacerme creer que permanecías en tu habitación del hotel viendo programas de televisión?

Luca se apoyó contra el respaldo de su asiento y la miró fijamente.

–¿Nunca te has sentido sola aun estando rodeada de gente?

–Sí, pero tú no eres…

–¿Crees que no soy capaz de sentir lo mismo que tú?

Alice pensó que ya habían hablado suficiente sobre sentimientos en una noche así que decidió cambiar de tema.

–Supongo que tu acompañante no estaría muy contenta cuando decidiste fregar.

–No iba con nadie aquella noche.

Ella volvió a agarrar el tenedor.

–Qué suerte.

–De hecho, eres la primera mujer a la que traigo a este lugar –dijo antes de centrar su atención sobre el plato que les acababan de servir–. Bien, Paolo hace el mejor *fritto misto di pesce* de la ciudad y se ofendería mucho si no nos lo terminamos.

Mientras Alice empezaba a comer el pescado frito, que estaba delicioso, tal como Luca había predicho, no pudo dejar de pensar en las últimas palabras de Luca. Era la primera mujer a la que llevaba a aquel lugar, aunque no debía pensar que aquello significaba algo…

Capítulo 5

Estoy empezando a entender lo que sienten los animales del zoo...

Luca negó con la cabeza.

–... a la hora de comer –terminó de decir ella y Luca sonrió.

Aquella sonrisa cambió la expresión de Luca por completo y la frialdad a la que ella estaba acostumbrada desapareció.

Era la primera vez que lo veía tan relajado, era un Luca con sus encantos al descubierto, pero sin el aire de superioridad y despectivo que solía caracterizarlo.

Era un Luca muy atractivo.

–Me gusta verte comer, la mayoría de las mujeres comen con delicadeza.

–Yo sin embargo como como una bestia hambrienta, ¿eso quieres decir? –dijo ella mientras apartaba los últimos restos de comida con un suspiro–. Me siento tan especial.. ¿o quizá debería decir rara?

–Quédate mejor con diferente.

Ella se encogió de hombros.

–Creo que podré vivir con ello.

–¿Por qué dejas ese poco?

–No lo hago por ser educada, es que si como algo más voy a explotar –dijo con una sonrisa.

–Paolo se va a sentir ofendido.

–Bien, entonces cómetelo tú –sugirió mientras se reía y le ofrecía un calamar con el tenedor.

La sonrisa de Luca desapareció en cuanto sus ojos se encontraron. El ambiente parecía estar al rojo vivo y ella habría dejado caer el tenedor si él no se lo hubiera agarrado con su mano y se lo hubiera llevado a la boca sin dejar de mirarla.

Alice sintió un repentino y fuerte deseo de recorrer todo su cuerpo, cada milímetro de su piel parecía estar pendiente de él.

–Delicioso –dijo él con una voz suave como el terciopelo.

A Alice le horrorizó notar el suave gemido que emitió sin poder

evitarlo y los ojos de él se oscurecieron.

–Alice, creo que ambos...

–Os ha gustado, ¿verdad? Ahora deberíais probar el *pesche ripiene al forno*.

–Melocotones rellenos al horno –le aclaró Luca a Alice.

–Yo no puedo más aunque suena delicioso –se apresuró a añadir ante la reacción de Paolo.

Si Paolo no hubiera aparecido, tal vez estarían hablando de otro tipo de postre. Quizá era mejor que les hubiera interrumpido, era verdad que ella no tenía compromisos, pero seguía sintiéndose casada. Se sentía culpable tan sólo por darse cuenta de la fuerte atracción que sentía por Luca.

Se dijo a sí misma que no estaba preparada.

Cuando su anfitrión se alejó, Luca no manifestó ningún interés por retomar lo que habían dejado a medias, parecía distante, como si estuviera pensando en algo. Hacía unos minutos habían estado hablando sin parar y en aquellos momentos los silencios pesaban. Al tomarse el café, Alice notó la atenta mirada de Luca.

–Me gustaría irme –dijo finalmente.

–Alice...

Luca se tensó y se peinó un poco con la mano.

–Tú estabas... ¿Piensas volver a ver a Seth?

–¿Seth? –ella negó con la cabeza y después se encogió de hombros–. Supongo que sí.

–Entonces, ¿no te importa que esté casado? ¿O acaso no lo sabías?

Alice miró a Luca fijamente y vio la expresión de su mirada y sintió ganas de arrojarle algo a la cara.

–Creo que lo mencionó... –frunció el ceño como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar–. Sí... Susan, ¿no se llama así?

–Sí, así se llama.

–Entonces, ¿tú la conoces? –él asintió con la cabeza–. ¿Es guapa?

–Muy guapa.

Alice estaba a punto de explotar.

–¿No te importa que esté casado?

Ella simuló estar sorprendida ante la pregunta.

–¿Debería importarme? A Seth no parecía importarle.

Cuando Seth le había contado la ruptura de su matrimonio ella

se había preguntado qué habría en ella que hacía que los hombres le contaran sus problemas. El hecho de que Luca la viera como una cualquiera en lugar de como la mujer adorable a la que podía contar sus intimidades era un cambio.

Probablemente a Luca no le agradara la idea de que su amigo saliera con una simple secretaria. Sin embargo no debía molestarse, Seth era un hombre muy agradable pero momentos después de conocerlo se dio cuenta de que no había chispa entre ellos, y para ella era importante que hubiera algún tipo de atracción para iniciar una relación.

–¿Acaso no tienes dignidad?

Alice no podía seguir ocultando lo que sentía y lo miró muy furiosa.

–Que una persona como tú hable de dignidad teniendo en cuenta que no tuviste escrúpulos al quitarle la novia a tu hermano es increíble.

–¿Te refieres a Ingrid? –dijo él reclinándose y soltando una carcajada.

–¿Crees que tiene gracia? –dijo ella algo desconcertada ante la reacción de Luca.

–Creo que tiene muchísima gracia, pero no estábamos hablando de mí o de Ingrid.

–No, no estábamos hablando de eso, aunque si tú crees que tienes derecho a criticarme no pienso callar mi opinión sobre ti. No, estamos hablando sobre mi falta de ética, ¿no es así? Algo que creo que es también muy propio de ti, dime Luca, ¿hace cuánto que no veías a Seth?

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–¿Hace cuánto?

–Seis meses quizá.

Luca necesitaba un poco de humildad y Alice decidió que ella se la proporcionaría.

–Probablemente sea algo más que eso porque si no sabrías que Seth y su guapa mujer están divorciados. Ella se fugó con un conde francés.

–¡Con un conde francés! ¡Dios mío! ¿Acaso Seth no pudo con alguien como él? Aunque supongo que ni se molestó. Te han engañado, Alice.

–Yo no desconfío de la gente como tú, a no ser que la persona se llame Luca O'Hagan. Tu problema es que piensas que el resto de la gente miente tanto como tú. El día en que me convierta en una persona tan cínica y tan falsa como tú espero tener a alguien cerca que me diga que baje del pedestal.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, además, no es el tipo de historia que Seth se inventaría, ¿no crees? Ni siquiera sabía que en Francia había condes, pero parece ser que éste es muy conocido y Seth se siente muy mal porque su mujer lo conoció en un centro de relajación que él le regaló por su cumpleaños.

Luca parecía haberse quedado sin palabras, sin embargo aquello no duró mucho.

–¿Lo dices en serio?

–Parece ser que firmaron el divorcio la semana pasada.

–Así que Seth vuelve al mercado, enhorabuena, supongo que era inevitable. Quiero decir que, si Seth pensaba que su matrimonio duraría para siempre, debía ser el único.

–Ya comprendo por qué no te lo contó a ti, no pareces ser un amigo muy comprensivo.

–Yo sin embargo comprendo perfectamente por qué te lo contó a ti. Seguramente tú estabas muy dispuesta a consolarlo.

Ella cerró los ojos, estaba muy enfadada.

–Eres un hombre despreciable, vil y aunque estuvieras llorando a mares no movería ni un dedo para consolarte.

–Prefiero ser despreciable que ser un idiota, yo nunca hubiera confiado en una mujer como Susan.

–No eres nada considerado y parece que disfrutas del dolor ajeno, te falta mucha empatía.

–Me resulta difícil empatizar con un hombre que se casó con una mujer sólo por su belleza. Era una mujer trofeo. A Seth le gusta poseer cosas bonitas, estoy seguro de que no tardarás en darte cuenta.

–¿Cuántas veces la viste como para saber tanto sobre ella?

–Sólo una vez.

–¡Una vez! Entonces estás muy capacitado para hablar, ¡sí, señor!

–Ella intentó seducirme.

Alice se quedó perpleja.
–¿Que ella qué?
–¿Quieres que te lo escriba? Intentó seducirme.
–¡No puede ser!
–Era algo habitual en ella.
–Pero estaba casada con tu amigo.
Él la miró fijamente.
–Estoy empezando a pensar que vives en un mundo paralelo donde las mujeres nunca son infieles y los matrimonios son felices para siempre.
–¿Estás seguro de lo que estás diciendo? Quizá la pobre mujer te sonrió y tú pensaste que te estaba seduciendo, ¿por qué todos los hombres piensan que todas las mujeres se mueren por ellos?
–Es difícil que me equivoque teniendo en cuenta que me metió la lengua hasta la garganta y la mano por dentro de los pantalones.
–¿De verdad? ¿Y tú qué...? ¿Qué...?
–¿Me estás preguntando si acepté sus proposiciones? No, no me gustan las mujeres agresivas e incluso a un ser tan despreciable como yo no le gusta acostarse con la mujer de un amigo. Además, soy alérgico a la silicona.
–Pobre Seth... El destino es a menudo muy cruel.
–¿Destino? ¿El mismo destino que hace que dos personas se miren fijamente en una habitación llena de gente?
–Supongo que tú piensas que la gente labra su propio destino.
–No me interesa lo que haga la gente.
Alice sonrió.
–Pero no me equivoco, ¿a que no?
–No puedo negarlo, Alice, me conoces muy bien.
Ella se encogió de hombros.
–Puedes ser sarcástico y estoy segura de que te encanta ser enigmático, no eres de ese tipo de hombres complicados que se miran al espejo y les gusta lo que ven, no lo digo con mala intención.
Se hizo un breve silencio.
–*Dio mio* –de repente Alice sintió remordimientos, quizá le había ofendido de verdad. Sin embargo Luca no era de los que se conforman sin decir la última palabra–. Es curioso, pero he notado que las personas que están muy dispuestas a señalar los defectos de

otros no les gusta que las critiquen a ellas, claro que eso no funciona en el caso de Alice porque ella es perfecta –alzó la copa–. Brindemos por Alice, la mujer perfecta.

Alice estaba tan enfadada que no podía contenerse.

–Sé perfectamente que no soy perfecta.

–¡Qué modestia!

–Si la comparamos con la tuya entonces tienes razón.

Luca se encogió de hombros.

–Casi perfecta, en fin, casi perfecta también es una buena media, mucho mejor que la de la mayoría de los mortales.

Alice no supo cómo logró sonreír cuando lo que realmente quería hacer era abofetearlo.

–Es mucho más de lo que tú podrás llegar a conseguir –le dijo con una dulce sonrisa.

Luca se rió.

–Yo no aspiro a ser perfecto, creo que la gente perfecta es muy aburrida.

–Tengo suerte de que no trabajes en la misma empresa que yo.

–Tal vez Roman se equivocara contigo, no es muy objetivo, ¿no crees?

–Por lo menos me conoce mucho mejor que tú.

–Es cierto. O por lo menos cree que te conoce, Roman cree que eres una ayudante personal y una secretaria imprescindible.

El tono desdeñoso con que lo dijo la molestó mucho. Era cierto que era imprescindible, en aquellos momentos se dio cuenta de que a pesar de su aspecto de persona abierta y tolerante, Luca era un esnob.

–Soy más que eso.

–Estoy seguro de que eres mucho, mucho más, aunque tal vez no tanto como querrías...

Aquella despreciable insinuación hizo que Alice se sonrojara. Alzó la cabeza muy enfadada.

–A no ser que tuviera un hijo suyo, no creo que haya ninguna otra forma de que tuviéramos una relación más cercana.

La provocativa sonrisa de Alice desapareció cuando se dio cuenta de que en sus palabras podía entenderse que se estaba acostando con su jefe, ¡y se lo había dicho al hermano de éste!

Miró fijamente a Luca, tenía unos ojos azules increíbles.

–Quiero decir que...

–No necesito que me des detalles.

Observó que Luca se había quedado pálido y se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Si no quería tener que aclararle a su jefe por qué su hermano pensaba que se acostaban debía aclarar las cosas... rápidamente.

–No sé por qué he dicho eso –reconoció ella–. Como tampoco sé por qué piensas que me gusta tu hermano, pero no me acuesto con él.

Ella se quedó sorprendida al ver que sus sinceras palabras no parecían haber hecho que Luca reaccionara, y siguió actuando como un hombre al que le cuesta controlar sus sentimientos.

–Trabajar con Roman es interesante y aprendo mucho con él. Trabajamos muy bien juntos –añadió un poco desesperada–. Se trata de una relación únicamente profesional, nunca he pensado en seducirlo.

–Pero él sí lo ha pensado, aun así estás perdiendo el tiempo, sabes que Roman no está enamorado de ti.

Alice se quedó boquiabierta y lo miró fijamente. Aquel hombre estaba loco.

–¿Por qué crees que yo quería que Roman estuviera enamorado de mí? –era una idea absurda–. ¿Crees que soy como una colegiala enamorada de su profesor?

Estaba claro que decir la verdad no la llevaba a ninguna parte, él tenía su opinión y nada que ella pudiera decir o hacer lograría hacerle entrar en razón.

–Aunque ahora que me has dado la idea, quizá podría considerarla... –simuló quedarse pensativa–. Tal vez sea divertido, además, ¿cuántas secretarias se casan con sus jefes? Es una buena forma de ascender. Yo siempre digo que hay que aprovechar las cualidades que tiene cada uno.

–Ya lo he notado –dijo él mirando los pechos de ella–. Y probablemente el resto del restaurante también.

Los pezones de Alice se endurecieron y tuvo que controlarse mucho para no dejar de mirarlo fijamente. Estaba furiosa.

–¿Hay algún tesoro escondido en la fortuna familiar? Siempre he soñado con llevar una collar de rubíes.

Luca se quedó mirándola fijamente.

–No es cierto, ¿verdad?

Alice se quedó mirando su mano izquierda y tomó aire. Ella y Mark habían decidido que una casa era más importante que un anillo de compromiso, pero la noche que se habían comprometido él le había dado uno de plástico.

–¿El qué no es cierto…?

–Que te estás acostando con Roman.

–Por supuesto que no.

–Yo siempre pensé…

–¿Tú siempre pensaste qué?

Se encogió de hombros.

–Olvídalo –le dijo mientras se quedaba con la mirada perdida. Había deseado saber si su hermano se estaba acostando con la mujer más deseable tanto tiempo, y lo único que había tenido que hacer para saberlo era preguntar.

–Te das cuenta de que ya no hay ningún obstáculo.

–¿Ningún obstáculo para qué?

–Ningún obstáculo para que yo te seduzca.

Alice se quedó perpleja, no podía creer lo que estaba escuchando.

–Esta conversación está rozando la locura.

–No te acuestas con mi hermano así que acuéstate conmigo.

–Es evidente que una oferta así es muy tentadora.

–Lo suponía.

–No sabía que las dos cosas eran incompatibles, si no te acuestas con un hermano has de acostarte con el otro –negó con la cabeza–. Eres increíble.

Él inclinó la cabeza complacido.

–Gracias.

–No era un cumplido –dijo cerrando los puños–. ¿Qué he hecho yo para hacerte pensar que quiero acostarme contigo? –él iba a responder, pero ella continuó porque no quería escuchar la respuesta–. ¿Y qué he hecho para que pienses que estoy enamorada de Roman?

–Evitaste que lo acuchillaran interponiéndote entre él y el agresor. No arriesgas tu vida por alguien a no ser que sea muy especial para ti.

Capítulo 6

El cuchillo estaba en su mano cuando Luca había entrado en la habitación. Vio el cuchillo, una rubia muy guapa y a su hermano herido.

Sacó conclusiones equivocadas.

–Luca, llegas tarde –le dijo Roman antes de cerrar los ojos. Tenía la cara muy pálida pero aún respiraba.

–Me he perdido todo lo divertido –dijo Luca mientras se acercaba a la mujer rubia con cautela. Pensaba que se trataba de un incidente amoroso.

Al principio le costó pensar, sin embargo instantes después ya estaba barajando todas las posibilidades. Había entrado en el despacho para buscar a su hermano, que había prometido salir a tomar unas cervezas con él y se lo había encontrado al lado de un charco de sangre.

La mujer dejó el cuchillo sobre la mesa antes de que Luca se dirigiera a quitárselo. Después, se acercó a Roman. Se tocaba la cara con una mano por la que la sangre descendía hasta llegar a su camisa blanca.

Luca vio que su hermano estaba pálido y parecía estar algo confuso, pero el hecho de verlo de pie lo tranquilizó.

No sabía qué hacer, no sabía si dirigirse hacia el cuchillo o acercarse a su hermano para evitar un posible segundo ataque, pero su Roman era bastante más fuerte que la rubia, así que decidió acercarse al cuchillo.

–No lo toques –le dijo la mujer cuando estaba a punto de agarrarlo–. La policía querrá examinarlo.

–¿Qué?

–La policía, los he llamado, están de camino –ella se quitó el jersey y lo miró fijamente.

–Escucha, si te impresiona la sangre será mejor que esperes fuera.

–¿Que espere fuera?

–No queremos que nadie se desmaye.

A Luca nunca lo habían tratado como una persona incompetente e irrelevante.

–No me desmayaré.

Ella no parecía convencida.

–Me alegra oír eso.

–Pero, ¿quién te crees...? ¿Qué diablos ha pasado aquí?

Ella giró la cabeza y se quedó mirándolo, parecía molesta.

–Ahora no, y lo mejor será que no toquemos nada.

Luca concluyó que ella pensaba que él era lo suficientemente estúpido como para tocarlo todo, sin embargo antes de pensar en responderle ella dirigió su atención hacia Roman.

–Roman, déjame que vea eso, sentarte te vendrá bien –se arrodilló junto a él–. Eso es, muy bien.

–¿Es grave? –preguntó Roman.

En aquel momento Luca vio de dónde procedía la sangre.

–*¡Dio!*... ¡Tu cara, Roman! –exclamó sorprendido por el corte que iba desde debajo del ojo hasta el final de su mejilla.

–No es tan grave como aparenta –la rubia miró la herida desde distintos ángulos–. No, no es demasiado grave.

–¡Que no es muy grave! –exclamó Luca, su hermano tendría una cicatriz para toda la vida.

La rubia se quedó mirándolo unos segundos.

–Es un corte limpio, no te dejará mucha marca cuando se cure del todo –dijo con un tono que no admitía réplica.

En aquel momento, Luca no la había creído aunque no había dicho nada para no asustar a su hermano, sin embargo el tiempo había demostrado que ella había tenido razón.

–Voy a apretar para juntar la carne y así detener la hemorragia, intentaré no hacerte daño.

–Adelante, *cara* –dijo Roman con una leve sonrisa–. ¿Tú estás bien?

–Creo que sí –dijo mientras se concentraba en detener la hemorragia de su jefe.

–Luca, ¿la viste?

Luca miró a su hermano.

–¿Ver a quién, a ella?

–A mi atacante. Me atacó y salió corriendo.

Román se quejó de dolor.

–No deberías hablar tanto –le reprochó ella.

–Luca, ésta es Alice, mi ayudante personal. Alice, éste es mi hermano, Luca. No os conocéis, ¿verdad?

–No.

–Sí.

Dijeron los dos a la vez.

–Quiero decir no –se corrigió Luca.

No podía decir otra cosa, después de todo no podía contar que la conocía de los cuentos que su madre le leía de pequeño. Ella era la princesa encerrada en la torre del castillo, la que esperaba al príncipe.

Aquélla había sido su historia favorita.

Aunque no era la misma princesa de sus cuentos. Aquella princesa era capaz de escapar de la torre sin ayuda del príncipe.

–¿Qué hago? –preguntó él, se sentía extraño por no tomar la iniciativa, pero parecía que la princesa de Roman lo tenía todo controlado.

No pudo hacer nada porque en ese preciso momento llegó la policía y la ambulancia.

Parecían decepcionados cuando les contó que no había visto nada de lo sucedido, sin embargo cuando la princesa les dio una descripción detallada de la atacante se olvidaron de él. Era una observadora minuciosa y los policías parecían muy satisfechos.

–Pensó que Alice era mi novia –les explicó Roman quitándose la máscara de oxígeno unos segundos–. Intentó matarla y yo salté para quitarle el cuchillo.

–No debió hacer eso, señor –dijo un policía.

A Alice le dijo que necesitarían que hiciera una declaración oficial, pero que podía hacerla al día siguiente si no quería hacerla en aquellos momentos.

Alguien mencionó la posibilidad de que sufriera ataques de ansiedad más tarde y le preguntaron si alguien la esperaba en casa. Ella contestó a todas las preguntas y no parecía mostrar signos de derrumbarse.

Aquella mujer no parecía en absoluto nerviosa y Luca no podía creerse que alguien la hubiera amenazado con un cuchillo y ella estuviera tan tranquila.

–¿Puedo ir con ustedes? –les preguntó a los médicos de la ambulancia.

–No, Luca.

–Por favor, señor, haga el favor de no quitarse la máscara –le dijo el médico a Roman.

–Un segundo… Y puedo caminar perfectamente. Luca, tú quédate, habla con mamá y papá. No quiero que se enteren por otra persona. Diles que estoy bien.

–No les diré toda la verdad, tú mantente firme.

–No deberías hablar, Roman –le dijo la princesa.

–La señorita tienen razón, señor, no debe hacer ningún esfuerzo –dijo el médico.

Cuando se llevaron a Roman, Luca salió del despacho para llamar a casa de sus padres. Le alivió que fuera su madre la que contestara, su padre tenía un carácter muy cambiante y tenía miedo de provocarle un segundo ataque al corazón.

Su madre se quedó muy preocupada, pero Luca logró calmarla y prometió llamarla desde el hospital más tarde. Estaba a punto de salir del edificio cuando se acordó de la mujer… En realidad era una mujer difícil de olvidar.

Asomó la cabeza en el despacho. Todo el mundo se había ido, ella estaba sola.

–¿Te llevo a algún sitio? Voy al hospital.

–Yo también –dijo ella con la voz entrecortada.

Parecía pálida, quizá el ataque de ansiedad…

–Sí –siguió hablando ella–. Sí, creo que eso será lo mejor…

Él se movió impaciente en la entrada, sin embargo ella no parecía muy dispuesta a moverse.

–Yo me voy ahora, así que si estás lista…

–Bien, sólo que… Creo que no voy a poder… –un segundo después de que ella cayera sobre el suelo él pudo ver un charco de sangre que no era de su hermano y que brotaba desde los dedos que ella tenía apretados contra su abdomen.

–Creo que me ha cortado a mí también –dijo ella alzando un poco la cabeza mientras él se apresuraba a arrodillarse junto a ella.

–¡Dios mío! ¿Y por qué no dijiste nada antes?

–No sentía nada –dijo ella haciendo una mueca de dolor–. No me había dado cuenta de que me había herido hasta ahora.

Luca pensó que si se daba prisa lograría alcanzar la ambulancia antes de que se fuera. Pero no lo logró.

En la calle había un policía que se quedó atónito cuando vio a Alice herida.

–¿Tiene coche? –le preguntó Luca.

El policía negó con la cabeza,.

–No, señor, llamaré a una ambulancia. No debería hacer eso, señor –le dijo cuando vio cómo Luca metía a Alice en el asiento trasero de su Mercedes.

–Tal vez no, pero no tenemos tiempo para discutir sobre ellos. ¿Puede conducir?

El hombre asintió.

–Bien –dijo Luca–. Entonces conduzca, rápido –dijo él mientras se metía en el asiento trasero y colocaba la cabeza de Alice sobre sus rodillas.

Antes de perder el conocimiento, Alice abrió los ojos y miró a Luca.

–Román se pondrá bien, ¿no?

La decisión de Luca de no esperar a la ambulancia fue acertada, si hubieran esperado habrían llegado demasiado tarde. A Alice la habían herido en el hígado.

Luca estaba empezando a pensar que hasta él había sufrido algún cambio aquel día.

–El evitar que lo acuchillaran fue una reacción instintiva, lo habría hecho por cualquiera, ¡incluso por ti!... Aunque estoy segura de que mucha gente me habría pagado para que no lo hiciera.

Alice se imaginó a Luca herido y sintió un gran vacío al imaginarse el mundo sin aquel hombre arrogante, temperamental y capaz de enfadar a cualquiera. Aunque ella había perdido a su marido y no había peor pérdida que aquélla. ¿Por qué la idea de perder a alguien que ni siquiera le agradaba le daba tanta pena?

Ella se levantó de la mesa.

–No te preocupes. No voy a desmayarme esta vez, pero me voy a ir y tú me vas a pagar el taxi para regresar al hotel. Creo que me lo merezco después de tener que soportarte durante más de dos horas.

Ella se sorprendió al ver que Luca no le llevaba la contraria. Se

despidió de Paolo, le pidió la cuenta y éste se rió con ganas.

–¡No me ofendas!

–Si no te hubieras ocupado de mis finanzas Paolo's ya no existiría –tomó la mano de Alice y la besó afectuosamente–. Y trae a tu encantadora acompañante cuando quieras.

Luca miró a Alice.

–Muy pronto –dijo él.

Una vez fuera él llamó un taxi y cuando ella estaba dentro le dio indicaciones al conductor y sin decir nada más se fue.

Alice estaba tan absorta en sus pensamientos que hasta un rato después no se dio cuenta de que el trayecto parecía estar durando demasiado.

–¿Es éste el camino más corto? –le preguntó al conductor. Estaba deseando regresar a su habitación, cerrar con llave y ponerse a llorar.

–Éste es el mejor camino para evitar las obras, señorita –Alice no tenía más opción que creerlo, después de todo no conocía la ciudad. Cerró los ojos y se apoyó contra el respaldo del asiento mientras maldecía a Luca en voz baja.

El alivio que sintió al llegar al hotel duró poco porque al entrar lo vio de pie al fondo del pasillo que llevaba a su habitación.

–¿Cómo puedes estar aquí? –le dijo ella–. Es imposible, yo me fui antes que tú.

–No es algo imposible cuando le pides al conductor que vaya por el camino más largo.

Aquella confesión la enfureció.

–¿Por qué lo has hecho?

–Porque habrías montado una escena si yo hubiera intentado montarme en el taxi contigo.

–Y a ti te desagrada tanto llamar la atención...

–¿Lo has notado? No todo el mundo se da cuenta de que en el fondo soy una persona tímida.

Ella lo miró furiosa.

–Si has venido aquí para hacerte el listo, vete. De hecho quiero que te vayas de todas formas.

–No voy a ir a ningún sitio, tenemos algo pendiente.

–Quieres decir que has pensado en una nueva forma de ofenderme –rió sin ganas y luchó por controlar que se le humedecieran los ojos.

–Creo que ya has tenido bastante, sin embargo hace unas horas no te sentías bien... Quizá sigas estándolo, y no me digas que fue por la bebida porque no te creo.

–No iba a decirte nada porque, francamente, no te debo ninguna explicación.

–Tendré que decirte que no estoy de acuerdo contigo en eso.

Luca parecía muy decidido y Alice no pudo evitar fijarse en su pecho, que había quedado al descubierto ya que él se había desabrochado la chaqueta. Hacía unas horas había estado tan cerca de aquel pecho... Se sacudió un poco la cabeza para apartar aquellos intensos deseos. ¿Qué haría él si ella siguiera sus instintos?

Luca la miró preocupado al ver el cambio de expresión en la cara de Alice.

–¿Te sientes mal de nuevo?

Mientras ella alzaba la cabeza para mirarlo, se imaginó de repente acariciando aquel pecho con sus manos...

–Ojalá lo estuviera... ¡Estúpida! ¡Estúpida! –se dijo a sí misma antes de darle la espalda.

–Te pasa algo y yo sé lo que es.

Ella se quedó paralizada.

–¿No tienes nada mejor que hacer que seguirme?

–Probablemente no.

–Podría llamar a los de seguridad.

–Es verdad, podrías hacerlo.

Alice se sonrojó y le lanzó una mirada para desanimarlo. Pero no lo logró.

Luca la agarró suavemente de la barbilla y le obligó a que se volviera para mirarlo.

–Tienes muy mal aspecto.

Ella se apartó de él.

–Gracias, ese comentario me ha venido muy bien.

–Tan sólo te estoy demostrando que estoy preocupado.

–¿Preocupación? ¿Después de cómo me has tratado esta noche?

–Hubieras preferido que te dijera que estabas muy guapa, eso es tan típico de las mujeres.

–Tú estás acostumbrado a mentir a las mujeres, ¿no es así?

Luca se preguntó por qué nunca era capaz de complacerla.

–¿Tomas algún medicamento?

–¡No, no tomo nada!

–¿Has ido al médico hace poco?

–No, no he visto a ningún médico.

–¿Y lo harías?

–Sí.

Él se rió.

–Se te da muy mal mentir.

–También estoy muy harta de este ridículo cuestionario, por última vez, no estoy enferma, sólo estoy...

–¿Embarazada?

Se hizo el silencio.

Alice apretó los puños, de todas las posibles explicaciones, Luca había elegido aquélla que más la perjudicaba a ella.

–No, ¡no estoy embarazada!

–¿Quién es el padre? –preguntó él sin prestar atención a lo que ella acababa de decirle.

–¿No me has oído? Qué tonta soy, te gusta demasiado escucharte a ti mismo y eso te impide escuchar a los demás.

Luca se había quedo mirando sus zapatos y en aquel momento volvió a mirarla fijamente.

–Eso explicaría tu extraño comportamiento. Parece que tus hormonas están un poco alteradas.

Ella suspiró y cerró los ojos.

–Por última vez, ¡no estoy embarazada!

Él sonrió con cinismo.

–Si estuvieras embarazada, ¿me lo dirías?

–Sólo si tú fueras el padre.

Capítulo 7

Alice no podía creerse lo que acababa de decir.

–Me alegra oír eso, pero como yo suelo tomar precauciones, es poco probable que suceda algo así.

–Yo también tomo precauciones, pero no va a haber nada de índole sexual entre tú y yo.

–Estoy destrozado –dijo él.

Alice lo miró con desprecio.

–No me acostaría contigo ni aunque fueras la última persona en la tierra.

–Y por eso te pones a temblar cada vez que te toco.

–Permíteme que te aclare algo, te lo explicaré de forma que lo entiendas bien. No estoy embarazada. No suelo llevar un certificado médico que revele algo sobre mi intimidad...

–Creo que sería imposible revelar más sobre tu intimidad de lo que revelas con ese vestido... –le dijo mientras la miraba de arriba abajo.

Ella sintió un escalofrío al notar cómo él la miraba. No pudo evitarlo.

Ella estaba intentado abrir la puerta de su habitación, pero no lo lograba.

–Permíteme a mí.

–Lo dices como si tuviera otra opción –él no tardó en abrirla. Sus manos estaban tranquilas y no temblaban como las de ella.

–Así que si no estás embarazada, ¿qué te pasa?

–Estoy muy cansada... Buenas noches.

Alice actuó con rapidez, pero no con la suficiente como para evitar que él entrara en la habitación.

Él miró a su alrededor, era una habitación típica de hotel.

–Bonita habitación –alzo una ceja–. Y bonitas bragas.

Alice se apresuró a guardar la ropa interior limpia dentro de la maleta.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–Sigo esperando...

Ella se encogió de hombros.

–Por alguna razón actúas como si te debiera una explicación.

–¿Y tú no piensas lo mismo? Mi cara va a salir en todos lo periódicos por comportarme como un caballero.

–También yo voy a aparecer y no es ningún secreto, me mareé un poco. Hacía mucho calor y había bebido mucho.

–No te creo –le dijo cruzándose de brazos y dándole la espalda.

–¡No me des la espalda! –le dijo mientras lo agarraba antes de dirigirse al teléfono que había empezado a sonar.

Alice se quedó impresionada al notar la fuerza de sus brazos. Tenía unos bíceps duros y perfectamente definidos. Luca miró la mano y después la miró a ella y en aquel momento Alice se dio cuenta de que él se había detenido y ella seguía agarrándolo.

Él inclinó la cabeza y se dirigió a ella.

–¿No vas a contestar?

Alice regresó al mundo real, pero cuando iba a contestar el teléfono dejó de sonar.

–¿Puedes irte de una vez, por favor? –le suplicó–. Es tarde y mañana tengo mucho trabajo.

–Por supuesto...

Alice no podía creerse que por fin se fuera a marchar.

–Pregúntale a tu jefe si sabe por qué te he tenido que llevar en brazos esta noche.

Alice lo miró horrorizada.

–¡No puedes contarle a Roman lo que ha pasado! No debes decírselo.

Tan sólo unos instantes después se dio cuenta de que lo había agarrado del otro brazo.

–Lo siento –dijo ella.

–¿Por qué no quieres que se lo diga?

–¡No te sientes ahí! –exclamó horrorizada al ver cómo él se sentaba en su cama.

Él no le hizo caso.

–¿Por qué no debo decirle a Roman que estás enferma?

No había forma de distraer a aquel hombre, era incapaz de olvidarse del tema.

Tal vez él tuviera razón, tal vez estuviera enferma...

–No estoy enferma, ni tampoco estoy embarazada... Yo... –confesarle algo tan personal a una persona como Luca... No era capaz de hacer algo así.

–¿Tú qué?

Ella lo miró y negó con la cabeza.

–Yo nada.

Él sonrió y la miró fijamente.

–Me lo vas a contar.

–No hay nada que contar –se peinó un poco con la mano y después lo miró fijamente–. ¿Qué vas a hacer? –preguntó ella con un tono lleno de sarcasmo–. ¿Vas a torturarme? ¿Vas a mandarme a mi cuarto castigada sin cenar?

–Ya estás en tu habitación y yo también.

Él acababa de decir lo que ella había estado intentando ignorar hasta aquel momento.

–Sí, y además ya hemos cenado, no creo que eso sirva de excusa.

–Siempre se puede recurrir a un tentempié nocturno.

Alice fingió no escuchar el tentador tono que Luca acaba de usar.

–Estoy segura de que eres capaz pero, ¿crees que es una buena idea?

–¿Acaso tú no?

–Bueno, tú lo sabrás mejor que nadie, pero he oído decir que los tentempiés de medianoche provocan luego barriga en los hombres.

–Gracias por advertirme –dijo con un aire divertido al tocarse su vientre plano sin un gramo de grasa.

Ella siguió la trayectoria de su mano y sintió cómo su pulso se aceleraba.

–Tú eres la que crees en el destino, ¿tal vez esto se aparte del destino? –dijo casi con un susurro.

Los dos se miraron fijamente y Alice sintió un deseo tan fuerte que se quedó paralizada, nunca había vivido nada igual.

–Creo que deberías irte ahora mismo –dijo ella muy nerviosa.

–No hace falta que me grites, mujer –había una expresión de enfado en sus ojos y algo extraño, algo mucho más peligroso...

Ella miró la atractiva cara de él. Le costaba respirar, le daba miedo pensar lo indefensa que se sentía cuando su cuerpo reaccionaba de aquella forma.

Sintió un repentino ataque de pánico. Luca conocía muy bien a las mujeres y ella podía aguantar que él supiera que se sentía atraída por él, pero no soportaría que supiera que sus sentimientos iban más allá… Mucho más. Mantener intacto su orgullo era lo más importante, ya que no le quedaba nada más.

Tenía que tener mucho cuidado.

–¡Ay! –no se había dado cuenta de que estaba alejándose de él hasta que se golpeó con la pared.

–¿Estás bien? –le dijo preocupado mientras la agarraba para evitar que se cayera.

–¡Como si te importara! –le replicó con un tono infantil.

Él suspiró exasperado.

–Siempre pensé que eras la persona más práctica que jamás había conocido, pero esta noche me he dado cuenta de que no es así.

–¿Por eso me tratas como si fuera parte de un decorado?

–Yo nunca te he tratado así.

–No, a los muebles los tratas mejor –Alice se avergonzó de haber dicho algo tan absurdo–. Supongo que prefieres a las mujeres florero, pero yo ya no voy a cambiar.

–Sin embargo tú coqueteaste con el primer hombre que te sonrió sin importarte si se trataba de un asesino en serie.

–¡Y seguramente hubiera sido mucho mejor que tú! ¿Quieres soltar mi brazo de una vez?

Él la soltó de inmediato.

–Lo siento.

–Y más que lo deberías sentir.

–Demándame si quieres.

Ella notó cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas y el labio inferior temblaba… Ella nunca lloraba.

–Te odio.

–Del amor al odio hay un paso.

Alice permaneció paralizada y después se rió.

–Pero en esta ocasión no es así.

–Personalmente creo que el odio y el deseo están a un paso.

El pulso de Alice se aceleró. Aprovechó la ocasión para recoger un cojín que estaba en el suelo y así recomponerse un poco.

–Si prefieres pensar que estoy luchando contra el deseo de

quitarte la ropa de un mordisco, piénsalo.

–Me encanta cuando eres obscena.

–Si crees que eso es obsceno debes haber vivido una vida muy reprimida.

–Creo que sabes tan bien como yo que eso no es verdad.

–¿Te he dado la impresión de querer saber con cuántas personas te has acostado?

–Por ahora no.

–Dios mío, es evidente que te quieres mucho.

–Me basto conmigo mismo, pero aunque me encantaría pasarme horas hablando sobre mí…

–No te gusta –dijo ella al darse cuenta lo poco que sabía sobre él, no era una persona a la que le gustara que la gente supiera sobre su vida.

–Tenemos eso en común, pero dicen que a veces es bueno hablar y yo creo que tú necesitas… Yo estoy aquí…

Alice miró las manos que él extendía hacía ella y colocó las suyas sobre ellas.

No sabía por qué había hecho algo así. Él cerró la mano y la llevó hacía él. Segundos después Alice estaba sentada en la cama y Luca estaba de pie frente a ella.

–Tú habla, yo te escucho –al ver que se removía inquieta, la amenazó–. O hablas conmigo o hablas con Roman, tú decides.

Alice tomó aire y se quedó mirando sus zapatos.

–A veces me vienen recuerdos del incidente del cuchillo.

Él se quedó estupefacto y en silencio.

–¿Y eso es lo que te pasó antes?

Ella asintió.

–¿Qué tipo de recuerdos tienes?

–No sé… Veo un cuchillo y me siento sin fuerzas… Se mezclan las imágenes –se abrazó con fuerza a sentir un temblor.

–Aquí tienes –le dijo él colocando una manta por encima de ella–. Creo que hay mucho que no me estás contando.

La sangre, el sonido de la ambulancia, el olor del hospital, las luces del pasillo del hospital en sus ojos y en los de Luca…

–Es ansiedad provocada por haber vivido una situación traumática, tengo un amigo que dejó el ejército por algo parecido.

–¿Tu amigo se recuperó?

–Sí, Martín se ha recuperado por completo pero, ¿qué es lo que te provocó el ataque esta noche?... ¿Fue algo que hice yo?

–No, por supuesto que no, fue el perfume.

Él la miró sin entender nada.

–Los olores pueden traer muchos recuerdos –le explicó.

–Lo sé.

–¿Era el perfume que usó la atacante?

Alice asintió.

–*¡Dio!*

–No era un perfume muy agradable, era demasiado fuerte... –intentó bromear.

–¿Quién más lo sabe?

–Nadie –era increíble que Alice pudiera enfrentarse a algo así ella sola. No había compartido sus miedos con nadie.

–¿Ni siquiera tu familia lo sabe?

–No sabes lo preocupados que estuvieron por mí cuando me ingresaron en el hospital, no podía hacerles pasar por aquello una vez más. Era mi problema.

–Hay gente que es autosuficiente y hay gente que es muy testaruda. ¿Hace falta que te diga a qué grupo correspondes tú? Si alguien de tu familia estuviera enfermo, ¿te gustaría que padecieran solos, sin decírselo a nadie? ¿O preferirías que te pidieran ayuda? ¿No has pensado que tal vez se sientan muy dolidos si averiguan que no les pediste ayuda cuando la necesitabas?

–No me gusta armar jaleo.

–¿Así que Roman tampoco sabe nada?

–No, y me gustaría que siguiera siendo así.

Luca negó con la cabeza, no podía dar crédito.

–*Madre di Dio*, ¿por qué?

–No se lo he dicho ni quiero decírselo.

–¿Y por qué no?

–¿Acaso no es evidente?

–Para mí no.

–Tu hermano piensa que él es el responsable de que a mí me hirieran. Si supiera esto se sentiría muy mal, no sabes cómo se comportaba después del incidente, si le hubiera pedido que me firmara un cheque en blanco lo habría hecho.

–Así que el secretismo se debe a tratar de que Roman no se

sienta mal.

–Tal vez no lo mostrara, pero aquel asunto le afectó mucho.

–Odio ser el que te diga esto, Alice, pero mi hermano es un hombre adulto, aunque, ¿eso tú ya lo sabes, no es así?

–Ya te he dicho que Roman no me atrae.

–¿Y yo? –él la miró fijamente y ella se quedó en blanco.

Alice miró al suelo, pero tan sólo logró distraerse unos segundos.

–Intento no pensar en ello demasiado.

–¿Y funciona?

Ella hizo una mueca.

–Luca, no me hagas esto.

–Entonces sí que te sientes atraída por mí, ¿tal vez tanto como yo por ti? Yo pienso en ti con esas faldas rectas y camisas tan modositas... ¿Lo compras todo a propósito?

–Yo... Yo... Eres muy observador.

–Sí, lo soy, pero hoy no llevas las perlas –dijo él mientras miraba hacia el cuello de ella.

Ella se tocó instintivamente la zona donde solía estar el collar.

–No iban bien con este vestido, eran de mi abuela y ella siempre solía decir que las perlas hay que usarlas porque si no pierden su brillo.

–Su brillo no es nada comparado con el brillo de tu piel.

–No hables así.

–¿Por qué no?

–Si fueras un poco sensible no lo preguntarías y así yo no tendría que contestarte.

La respiración de Luca era lenta y profunda.

–Tal vez no sea sensible, pero sé que si hubieras trabajado para mí habrías ido al infierno un par de veces ya.

De repente Alice se dio cuenta de la gran presencia y poder que tenía Luca y bajó la mirada.

–¡Debe estar ciego! –exclamó Luca mientras se paseaba por la habitación.

–¿Quién?

–Roman.

–Roman no me observa como un águila dispuesto a que haga algo para abalanzarse sobre mí.

–Yo no me abalanzo sobre nadie.

–Luca, tú podrías dar un máster sobre el tema.

Él la miró de arriba abajo.

–Debes estar acostumbrada a que te miren.

–¿Estás diciendo que me gusta llamar la atención?

–Estoy diciendo que eres una mujer muy bella.

Ella sintió cómo su pulso se aceleraba y apartó la mirada.

–Bueno, Roman sí notó algo un par de veces, pero le dije que sólo eran migrañas.

–¿Y te creyó?

–No tenía razones para no creerme.

–Porque tú nunca le mientes.

–No hace falta que lo digas con ese tono, supongo que tú nunca has mentido, ¿no?

–No estoy seguro de que quieras saber la respuesta.

–Inténtalo.

–Cada vez que te veo con una de esas camisas de seda tan provocativas... Siento deseos de...

–No son provocativas.

–A mí sí me provocan.

–¿Qué quieres que haga, Luca? ¿Qué llame a la policía y les pida que me detengan?

–Quiero que te la quites delante de mí, eso es lo que siempre he querido.

Capítulo 8

Alice se quedó helada. Sintió como si su corazón se hubiese parado unos segundos. Cuando se recuperó un poco empezó a temblar.

–¿Siempre? –negó con la cabeza.

Luca asintió.

Ella suspiró ligeramente.

–Nunca me lo habías dicho.

–Pensé que Roman y tú estabais juntos, ¿Acaso habría conseguido algo si lo hubiera hecho?

–Ya nunca lo sabremos.

–Pero aún estamos a tiempo de descubrirlo.

Alice tomó aire.

–¿Cómo?

Luca extendió su mano y ella la agarró.

–¿Qué hacemos ahora?

–Juguemos un poco, ¿de acuerdo, *cara*?

Ella miró fijamente el azul intenso de los ojos masculinos, lo deseaba con toda su alma. Se mordió el labio inferior.

–Cualquier cosa que tú desees estará bien para mí –le dijo casi con un susurro.

–Yo te deseo a ti.

–Luca... –dijo ella casi con un gemido.

Luca tomó la cara de Alice entre sus manos. Ambos respiraban con dificultad. Ella llevó la mano hasta el cuello para desabrocharse la camisa y en su lugar halló la piel desnuda porque aquel día no llevaba camisa.

Él agarró su mano y le besó la palma suavemente mientras le lanzaba una mirada llena de deseo. Ella no podía dejar de mirarlo.

Tomó la mano de ella y la colocó sobre su pecho.

–Esto es de locos–dijo ella.

Luca apartó la mano, pero la de ella permaneció sobre su pecho, sentía el calor de su musculoso cuerpo y el latido de su corazón.

–La locura es buena –dijo él.

Ella asintió.

–Bésame, Luca, me gustaría que me besaras.

–Primero dime que me deseas, quiero oírte decirlo.

Nunca había deseado tanto a alguien como a aquel hombre, quería conocer el sabor de sus labios, quería olerlo, saborearlo poco a poco. La intensidad de su deseo la mareaba.

–Luca, te deseo.

Alice comenzó a temblar y comenzó a respirar agitadamente y sintió cómo él deslizaba su lengua dentro de la boca de ella. Era como saborear un panel de miel y mientras el beso se iba profundizando Alice sintió cómo todo su cuerpo se encendía de deseo y su espalda se arqueaba sin control.

Cuando dejaron de besarse se quedaron inmóviles, con sus narices tocándose ligeramente y las frentes apoyadas la una contra la otra.

–*Bella mia* –le dijo él mientras le acariciaba el labio inferior con su dedo gordo.

–¡Dios! –dijo ella abriendo los ojos de repente–. No te detengas.

–¿Detenerme? Pero si acabo de empezar...

La agarró del trasero y la atrajo hacia él y ella lo miró fijamente al sentir la dureza de su deseo contra su vientre.

Él sonrió y ella sonrió también.

–Te he hecho sonreír conmigo por primera vez...

–Parece ser que ésta va a ser la noche de las primeras veces, ¿sabes lo mucho que te deseo?

–Me lo vas a demostrar –dijo él.

Ella tembló de placer y cerró los ojos mientras él acercaba sus labios a los de ella. Alice sintió cómo todo su cuerpo se acaloraba y lo besó con un deseo descontrolado.

Él la soltó de golpe y ella se quedó mirándolo fijamente y comenzó a temblar. Estaba confundida.

–¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo?

–Eres tan hermosa, has bebido, estabas enferma...

–He bebido un poco, pero eso no quiere decir que esté borracha, soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones.

Incluso malas ideas como la de besar a Luca O'Hagan... ¿En qué había estado pensando? En realidad Alice se dio cuenta de que no estaba pensando.

–El alcohol puede influir en las decisiones de la gente, los hospitales están llenos de heridos por decidir conducir después de beber.

–¿Quieres decir que el acostarme contigo va a hacer que termine en un hospital?

–Sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

–Sé que no permitirás que los hechos te arruinen un buen sermón –Alice se tapó la cara con las manos.

–Mañana...

Ella levantó la cabeza.

–Si me dices que te lo agradeceré mañana te mataré –le advirtió ella–. ¿Cómo te atreves a insinuar que soy imprudente? Nunca soy imprudente, creo que me merezco serlo un poquito... Además, ¿a quién puede afectarle el hecho de que yo sea imprudente por una vez?

–No hace falta que te comportes como si fueras la única que sufre, Alice. A mí tampoco me resulta fácil.

–¿Y quién ha dicho que yo esté sufriendo? –le contestó ella muy dolida, quería que él sufriera, que sufriera mucho...

Luca apartó la mirada de aquellos carnosos labios femeninos.

–Perdón, tal vez me he equivocado.

–No puedo creer que haya sucedido.

–Yo no le daría tantas vueltas, la atracción sexual carece de lógica.

Alice lo miró con desprecio mientras él se dirigía al otro lado de la cama, era evidente que estaba intentando alejarse de ella.

–No te preocupes, no voy a abalanzarme sobre ti –nunca se había sentido tan humillada–. Y para que lo sepas, no existe ningún tipo de tracción entre nosotros dos, ni sexual ni nada que se le parezca.

Luca se encogió de hombros. Después vio aquellos ojos húmedos y los labios temblorosos y su expresión se suavizó.

–No estoy borracha, estoy loca, ¿y cómo es que ahora tú tienes principios?

Lo más probable era que Luca se hubiera dado cuenta de a quién estaba besando. Había estado besando a una pobre secretaria y aquello no podía suceder.

–¿Crees que no tengo principios?

–¿Quieres que te diga la verdad?

Él se encogió de hombros.

–¿Y por qué no?

–Creo que venderías hasta a tu madre si pudieras beneficiarte de ello y ¡deja eso! –le dijo arrebatándole una foto enmarcada de una Alice más joven al lado de Mark.

–¿Quién es él?

–Mark.

–Mark... Dios, ¿y dónde está este Mark mientras intentas meterme en tu cama?

–Está muerto.

Él se quedó serio.

–Lo lamento –le dijo con torpeza mientras se quedaba mirándola fijamente. Aquellos labios tan dulces aún estaban presentes en los suyos–. ¿Fue alguien especial ara ti?

Ella asintió.

–Muy especial, era mi marido.

Él se quedó estupefacto.

–¿Has estado casada?

–Por si no lo sabías la gente se casa –ella no quería hablar del tema, y menos aún con Luca.

La gente se casaba pero Luca no. Luca nunca había mostrado el menor interés por tener una relación seria con una mujer. Era uno de esos dioses del sexo de los que hablaba su cuñada Rachel.

–Eso he oído, ¿cuándo te casaste?

Ella contestó y él exclamó algo en italiano.

–¡Seis años! Debías ser muy joven.

–Mark también era muy joven.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

–Tres meses.

–¡Tres meses! *¡Madre de Dio!* ¿Acaso estaba enfermo?

–Mark contrajo neumonía y se complicó con una septicemia.

Luca se preguntó cuántas veces habría tenido que contar aquello para lograr hacerlo con tanta naturalidad.

Luca era más partidario de ser expresivo. Él tenía un carácter cambiante y el decir siempre lo que pensaba le había dado bastantes problemas. El deseo reprimido hacia Alice debía ser lo que hacía que la viera como una mujer dispuesta a acostarse con

cualquier hombre que pasara por su puerta.

–Murió en dos días. Yo tampoco pensaba que la gente joven y sana podía morir de neumonía, no en los tiempos que corren. Al menos eso pensaba...

Luca la observó detenidamente. Estaba seguro de que dentro de ella estaba sintiendo un gran dolor, sintió deseos de protegerla de todo mal, de estrecharla entre sus brazos.

–Sin embargo ocurre –dijo ella. Aquello había enfurecido a Alice durante muchos años, sin embargo también se había ido suavizando con los años.

–Tres meses no es mucho tiempo para conocer a tu marido.

–Mark no era una persona compleja –dijo mientras se daba cuenta de lo diferente que era de Luca. Mark había sido un hombre cándido y el amor entre ambos había sido un amor tranquilo.

–En fin, ¿cuánto tiempo tarda alguien en enamorarse? ¿Y cuándo me pasó a mí?

Estaba tan pálida que durante unos segundos pensó que se iba a desmayar, pero de repente tomó aire y recuperó el color de sus mejillas.

–Le preguntas al hombre equivocado.

–¿Acaso nunca...? No es asunto mío.

–¿Quieres saber si he estado enamorado alguna vez? Eso depende de lo que creas que es el amor, ¿no crees? ¿cuánto tiempo tardaste tú en enamorarte, Alice?

–¿Yo? Bueno, yo...

–¿Acaso fue amor a primera vista?

–Conocía a Mark desde que era pequeña, era mi vecino.

–¿Te casaste con el amor de tu infancia?

–Supongo que sí.

Luca observó cómo ella se acercaba a un armario y guardaba la foto en un cajón.

–¿La gente sabe que has estado casada?

Alice sintió ganas de volver a sacar la foto pero era absurdo. No iba a sentirse infiel por guardar una foto. Mark seguía siendo parte de su vida, todo aquello era culpa de Luca, si él no estuviera allí ella no se sentiría de aquella forma.

Se giró para mirarlo.

–No es un secreto.

–Yo no lo sabía.
–Bueno, tú y yo nunca hemos hablado demasiado.
–No, pasamos directamente a rasgarnos la ropa el uno al otro.
Alice se sintió humillada.
–Estoy intentando olvidarlo.
Luca se acercó a la pared y se apoyó contra ella.
–¿Y lo consigues?
–No.
Él se masajeó la nuca.
–Seis años es mucho tiempo para permanecer célibe.
–Estoy segura de que hay gente que no puede pasar ni seis minutos.
–¿Has tenido amantes?
–¡Eres increíble! –le dijo mirándolo fijamente–. ¿Crees que tienes derecho a preguntarme algo así?
–Entonces la respuesta es sí.
–Incluso aunque hubiera tenido la misma cantidad de amantes que tú no cambiaría en nada lo que compartí con Mark. El sexo es sólo sexo, sin embargo él y yo compartimos algo más, Mark siempre formará parte de mi vida, y nunca lo olvidaré.
Tras sus palabras, se formó un pesado silencio. Si Alice no se hubiera sentido tan mal consigo misma por usar su relación con Mark como un escudo protector para protegerse de lo que sentía por Luca, tal vez habría notado el sudor que perlaba la frente de éste.
–Eso hará que tu cama siempre parezca llena para el hombre que quiera compartir su vida contigo.
–Ése es un cometario horrible.
–A veces es necesario decir cosas horribles. Res muy fácil idealizar a las personas una vez que están muertas, sobre todo cuando olvidas todas las cosas que odiabas de esas personas.
–Mark no me enfadaba, era una persona bondadosa y amable, no nos peleábamos.
–¿Te lo daba todo, no?
–Te gustaría arruinar mis recuerdos, pero no lo vas a conseguir. Éramos muy felices, estábamos de acuerdo en casi todo.
–¿Y ésa es la fórmula secreta para que una pareja sea feliz?
–A nosotros nos iba bien.
–Así que tenías algo que crees que jamás vas a volver a tener y

mientras tanto tienes amantes –era irónico pensar que el día anterior aquello hubiera significado que era la mujer ideal para él... Sin embargo ya no pensaba lo mismo, quería más de Alice, mucho más...

–¿Y por qué no habría de tener amantes? No todo el mundo me encuentra tan despreciable como tú.

–¿Despreciable?

–Me alegra que todo esto te divierta –en realidad a Alice le agradaba mucho la forma que él tenía de reírse.

–Así que no tienes ni idea.

–¿Ni idea de qué?

–Ni idea de que todo lo que haces es... Muy seductor. Tienes más atractivo en el dedo meñique que cualquier otra mujer en todo su cuerpo. Pero no puedo hacerlo ahora, hablaremos de esto, pero ahora no.

–Yo no quiero hablar, quiero acostarme contigo.

–*¡Per amor di Dio!* ¡Me estás matando!

–Eso no es lo que quiero hacerte –Alice no podía evitar pasar de odiarlo a desearlo en cuestión de segundos.

Luca no supo cómo logró salir de la habitación, pero tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y finalmente lo logró.

Luca se sentó en el asiento trasero del taxi, no debía conducir en aquel estado y pensó que había hecho lo correcto aunque se sentía muy mal por ello.

Cuando estaba cerca de su casa decidió que había demostrado que tenía razón, Alice sabría ya con certeza que él tenía principios. Si ella quería sexo, él se lo daría y le haría olvidarse de cualquier otro amante que hubiera tenido nunca.

–Amigo –le dijo al conductor–. Cambio de planes, vuelva a llevarme al hotel.

–¿Se ha dejado algo? –le preguntó el conductor.

–Sí, me he dejado algo muy importante.

Cuando llegó al hotel, Luca convenció al botones para que le abriera la puerta de la habitación y entró sigilosamente.

Estaba nervioso, aquélla no era cualquier mujer, era Alice.

Cuando entró, pudo oír los gemidos. Alice estaba llorando.

Estaba sentada, abrazada a sus rodillas. Dio un paso hacia ella y vio que estaba abrazada a la foto de su marido.

Se giró y salió de la habitación. La gente que se cruzó en el pasillo lo miró con cara extrañada, pero él no prestó atención. Le sorprendía darse cuenta de que durante unos instantes había deseado acercarse a Alice, estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor aunque supiera que en su memoria Mark seguía allí. Que él tan sólo era un sustituto.

Ella había dicho que el sexo era sólo sexo y él también lo creía, pero en aquella ocasión no pensaba lo mismo. Quería que Alice lo amara, él amaba a Alice. Si quería demostrarle que era posible encontrar el amor dos veces en la vida, iba a tener que controlar sus instintos y tomarse las cosas con calma.

Cuando Luca se fue, Alice lloró largo y tendido. Cuando dejó de llorar se tumbó en la cama y quiso indagar en su corazón.

Su madre le había dicho que tenía que continuar con su vida. Había estado evitando salir con hombres porque no quería volver a sentir el mismo dolor que había sentido al perder a Mark y se había enamorado de un hombre por el que sentía cosas que jamás había sentido antes.

Pensó en el daño que podía hacerle Luca si ella se lo permitía y aquello la aterrorizaba, sin embargo la idea de no saber si podía ser amada por él la aterrorizaba aún más.

No quería engañarse, sabía que un hombre como Luca tan sólo querría una relación pasajera. Si aquello era lo que quería, ella se lo daría, decidió mientras se sentaba sobre la cama.

Miró la foto que tenía en la mano y besó aquel rostro sonriente. Era ilógico pensar que no estaba siéndole fiel a Mark por enamorarse de otro hombre. Ella siempre lo querría, pero él era el pasado y ella tenía que vivir el futuro. Mark amaba la vida y la amaba a ella y no le gustaría saber que lo usaba como un excusa para no vivir la vida.

–Es hora de seguir adelante, cariño –se dijo a sí misma.

Capítulo 9

Alice reemplazó a Roman en la reunión de la mañana y la gente le felicitó por haber realizado un buen trabajo. Alice se montó en el taxi muy satisfecha y las preocupaciones que había logrado olvidar en la reunión, volvieron a aparecer.

O por lo menos una de ellas, la de lo que casi había sucedido la noche anterior. Había sido Luca el que había parado y aquello le hacía sentirse aún más frustrada. Alice sabía que debía agradecerle el haberse echado atrás.

Por lo menos no lo había hecho por falta de interés. Su cuerpo se tensó al recordar el deseo que había visto en sus ojos. Ningún hombre la había mirado antes de aquella forma ni le había hecho sentirse tan deseada. Y nada lograría curar aquella necesidad que se había quedado sin satisfacer.

Nada excepto dejarle claro a Luca que ella sentía el mismo deseo por él.

Lo que había sucedido la noche anterior era como un sueño erótico para ella y el recordarlo tan sólo la excitaba aún más y el problema era que no podía dejar de pensar en ello.

¿Cómo iba a comportarse cuando lo volviera a ver? Iba a seducir a Luca O'Hagan, la pregunta era cómo y cuándo. Ella no tenía mucha experiencia en el campo de la seducción.

Necesitaba pensar en ello detenidamente, tal vez un poco de deporte la ayudaría a pensar.

Cuando llegó al hotel le mandó un e-mail a Roman contándole cómo había ido la reunión y bajó al gimnasio del hotel. Las salas de máquinas estaban llenas y decidió ir a la piscina primero. Se dirigía hacia la piscina cuando las puertas de cristal del gimnasio se abrieron y apareció la persona que más deseaba ver.

Las mujeres que estaban junto a ella hablando de una maravillosa nueva crema anticelulítica se quedaron boquiabiertas. Ella estaba paralizada.

Luca estaba sudando del ejercicio que acababa de hacer y

llevaba una toalla alrededor del cuello. Sonrió a las dos mujeres que estaban junto a ella y la miró de pasada, después volvió a mirarla. La sonrisa había desaparecido.

Él tomó aire y volvió a sonreír de una forma menos impersonal pero más cautelosa.

No hacía falta ser muy lista para saber por qué la miraba con cautela. Probablemente pensaba que ella iba a seguir donde lo dejaron anoche, tal vez pensaba que iba a actuar como si la noche anterior hubieran iniciado una relación en serio.

Mientras él se acercaba a ella, Alice tomó aire y sonrió.

–Alice.

Ella se quedó mirándolo, no sabía qué decir…

–Parece que tienes calor.

–Por eso me dirigía a la piscina.

–Por supuesto.

–No esperaba verte aquí.

Si pare él era evidente que ella no hacía ejercicio también lo era para ella que él sí lo hacía. Nunca había pensado que el sudor pudiera resultar algo tan atractivo. Era incapaz de mirar a Luca sin desear tocarlo.

–Pensé que debía aprovechar las instalaciones.

–¿Te alojas aquí? –le preguntó ella.

–No, el edificio donde vivo está de obras y no tenemos ni gimnasio ni piscina este mes, tenemos un acuerdo con el gimnasio del hotel.

–Eso es genial.

Luca miró a su alrededor, sorprendido.

–¿Y Roman?

Alice negó con la cabeza.

–Ha tenido que ir a Boston, salió anoche.

Luca estaba comportándose como si nada hubiera sucedido y ella se preguntó si tal vez se habría equivocado al pensar que la deseaba.

–¿Se ha perdido la reunión de esta mañana? Cuando me habló de ella me pareció que era importante.

–Yo he ocupado su lugar.

–¿En serio?

–¿Crees que no soy capaz de hacerlo?

–Está claro que lo eres, mi hermano no lo dejaría en tus manos sólo por tus bonitos ojos azules. Pero debes reconocer que es una gran responsabilidad para una secretaria.

–Las secretarias cubren funciones de todo tipo, aunque no a todas las pagan por lo que hacen de más.

–¿A ti sí?

–Muy bien, yo sé lo que valgo.

–Estoy seguro de que es así.

Luca se colocó detrás de ella para bloquearle la visión a un joven que no dejaba de mirarla.

–¿Así que no lo has visto hoy?

Ella negó con la cabeza.

–¿Te encuentras mejor esta mañana?

–Si quieres saber si he estado bebiendo, te diré que no.

–No me refería a eso ¿No has tenido más recuerdos?

–No, estoy segura de que es algo puntual.

–Un psicólogo podría ayudarte a superar eso.

Ella apretó los puños.

–Estoy bien.

–Aun así no estaría mal que pidieras consejo a un profesional, sobre todo si no eres capaz de contárselo ni a tu familia ni a tus amigos. He hecho averiguaciones y parece ser que el mejor es...

–Pensé que querías acostarte conmigo, no ofrecerme tratamiento, porque has de saber que me interesa lo primero, lo segundo no.

Él tomó aire y se hizo el silencio. Ella bajó la mirada. Se sentía avergonzada por lo que acaba de decir.

Luca la miró con ternura, aquella mujer estaba hecha para él, aunque ella no lo sabía todavía.

–Me alegra saberlo y quiero que sepas que espero que siempre te sientas con libertad para decirme lo que quieres.

Alice alzó la cabeza y él señaló el gimnasio.

–Cambié de idea, prefiero ir a nadar un rato.

–Perfecto, yo también voy a nadar. Te veré en la piscina, cuídate –le dijo antes de alejarse.

–No –dijo ella mientras se tocaba el brazo que le había tocado él.

Él se volvió.

–¿Cómo que no?

–No puedo... No puedo –Alice notó que cuando lo miraba le costaba mucho hablar.

–No sabes nadar –dijo él.

–No, no sé –dijo ella. Después se preguntó por qué habría dicho algo así.

–¿Te da miedo el agua?

–No, sólo que no puedo nadar –Alice recordó las medallas que sus padres exhibían orgullosos en el salón–. Quiero decir que sí sé nadar, pero no muy bien.

–No te preocupes, yo te enseñaré.

–No quiero molestar.

–Lo importante es confiar.

–En ese caso debes ser un buen nadador.

–También soy un buen profesor.

–Eso me han dicho.

–No debes creerte todo lo que oyes, Alice –él se alejó y desapareció. Las mujeres que estaban haciendo ejercicio dejaron de hacerlo

Miraron a Alice con hostilidad.

Cuando se alejaba oyó hablar a una.

–Ni siquiera es delgada.

–Dios sabrá –respondió la otra.

Alice se dirigió a los escalones, pero decidió volverse. Normalmente no se molestaba en replicar a mujeres como aquéllas, pero la habían provocado.

–Tal vez no sea delgada –les dijo una vez a su altura–. Pero he de confesaros que soy muy buena en la cama.

Al ver aquellas bocas abiertas y la expresión de sorpresa, Alice, sonriendo, se dirigió a los vestuarios.

Alice se tiró en la parte profunda de la piscina, su rapidez al cambiarse para llegar antes que Luca había dado resultado, pero cuando apareció, sus planes de simular un tirón para salir de la piscina desaparecieron.

Aquel hombre era la perfección en persona. No no pudo evitar mirarlo fijamente.

Cada milímetro de su cuerpo reaccionó ante aquella visión de

belleza y perfección así que tomó aire y apartó la mirada. Aunque el meter la cabeza debajo del agua no logró enfriar su ya acalorado cuerpo.

De repente sintió cómo alguien la agarraba de la cintura y tiraba de ella hacia la superficie. Cuando salió fuera, Alice comenzó a toser.

–¿Qué estabas haciendo? –exclamó Luca casi de inmediato.

–¿Yo?

–Podías haberte ahogado.

Alice suspiró.

–No, no iba a ahogarme.

–Por supuesto que sí, ¿sabes el tiempo que has estado bajo el agua? –a Luca cada segundo le había parecido una eternidad–. ¿Y si no te hubiera visto hundirte? ¿Qué habría pasado? Cuando vi que no salías, yo...

–No me estaba ahogando, Luca.

–No, ¿se te ha agarrotado algún músculo? ¿te ha molestado algo que he dicho?

Ella negó con la cabeza.

–Tan sólo estaba jugueteando.

–¿Jugueteando?

–¡Por Dios! Déjalo ya, si quieres que te diga la verdad estaba bien hasta que viniste tú y casi me ahogas.

Si no hubiera estado tan distraída Alice se habría dado cuenta de que sus cuerpos estaban pegados el uno contra el otro. Se soltó e intentó alejarse de él.

–Yo te he salvado.

–Eres mi héroe.

–No esperaba que me lo agradecieras, pero... ¿Quieres quedarte quieta? Al final conseguirás que nos ahoguemos los dos.

–¿Aquí? Pero si no cubre.

–La gente se ha ahogado con mucha menos agua, debería llevarte al médico.

–Estoy bien, de verdad.

Luca parecía convencido, le soltó de la cintura y agarrándola de las manos se alejó un poco de ella.

Luca estaba pálido y tenía una expresión extraña en la cara.

–No me estaba ahogando, en realidad soy bastante buena

nadadora.

–Por supuesto.

–Lo soy.

–Como te dije antes, es una cuestión de confianza.

–Tal vez podrías decirme lo que hago mal –le sugirió con un tono inocente.

–De acuerdo, y no te preocupes que yo estoy aquí.

Se colocó las gafas de bucear.

–El que estés cerca me tranquiliza –después se tiró al agua con elegancia y comenzó a nadar.

Llegó hasta el extremo opuesto y le esperó. Él no tardó el llegar. Ella era mejor nadadora aunque él tenía más potencia.

–En realidad, lo importante es el tiempo, la respiración y el control.

–Eres una bruja, ¿te parece gracioso?

–Intenté decírtelo, pero a ti te gustaba tanto mandar que no pude resistirme.

–Yo pensaba que te estabas ahogando cuando en realidad nadas como una campeona olímpica.

–No soy tan buena...

–¡Maldita seas! ¿Has competido, no?

–Sí, pero fue hace mucho tiempo, no estoy en forma.

–A mí me parece que estás en perfecta forma –le dijo mirándola de arriba abajo.

–Luca...

–¿Por qué me dijiste que no sabías nadar?

–No pensaba hacerlo, pero me salió, pensé que así no tendría que nadar contigo...

–Espera un momento, ¿no querías nadar conmigo?

Ella asintió.

–¿Y no podrías haberte limitado a decir que no?

–¿Sabes lo difícil que es decirte que no?

–¡No te gusta estar conmigo, Alice?

–Ojalá fuera eso.

–Entonces, ¿te gusta estar conmigo?

–¡Por Dios, Luca! ¿Acaso no lo entiendes? No puedo ni terminar una frase cuando estás vestido, sabía que haría algo estúpido si te veía... –se miraron y ella gimió antes de volver a sumergirse bajo el

agua.

Cuando ella iba a salir a la superficie, él le proporcionó un poco más de aire con su boca y ambos se abrazaron bajo el agua para ascender lentamente juntos.

–Ésa es una nueva forma de entender el boca a boca –él la besó–. ¿Sabes que tienes una boca muy sensual?

Alice tomó la cara de él entre sus manos y le apartó el pelo de la cara.

–Eres tan guapo, que a veces siento ganas de llorar. No puedo soportarlo...

Luca comenzó a besar su cuello suavemente y fue ascendiendo hasta llegar a su boca. Se besaron intensamente y con un fuerte deseo. Alice sintió que todo flotaba a su alrededor. El socorrista tosió tres veces antes de que ellos se detuvieran.

–¿Puedo ayudarlos en algo?

–En realidad ya nos íbamos.

El hombre parecía aliviado.

–Ha sido muy educado pero el pobre hombre estaba diciéndonos que nos fuéramos a una habitación, ¿no lo has oído?

–Estaba distraída.

–Estás distraída –le dijo él mientras saboreaba el dedo de ella–. ¿Y qué hay de la habitación?

–Yo tengo una habitación.

–Muy bien, ¿crees que es una buena idea que sigamos con esto arriba?

–Donde tú quieras.

Ella salió de la piscina de un salto y se escurrió el pelo.

–¿No vas a salir? –le preguntó a Luca.

–Creo que lo mejor será que me quede un rato más dentro del agua, no quiero que la gente se escandalice –ella lo miró confusa y él señaló hacia abajo.

–Entiendo...

–Tal vez haga un par de largos...

–Buena idea, te veo... Luego –dijo ella entes de dirigirse a los vestuarios mientras escuchaba la risa de él.

Capítulo 10

Van a subir? –preguntó Luca desde dentro del ascensor a una pareja de ancianos.

–Muy amable –dijeron al entrar.

–¡Hola, Alice! ¡Qué casualidad! Hace un rato estaba pensando en ti, ¿qué tal estás? –le preguntó Luca con sorna.

–Muy bien.

–Tienes muy buen aspecto –se dirigió a la pareja que estaba dentro del ascensor–. ¿Creen que cabe otra persona más?

–Por supuesto.

Ella se acercó a él.

–Si no te callas, te mataré.

Comenzaron a simular una conversación informal y de repente la pareja salió, pero entraron tres personas nuevas, así que siguieron hablando acerca de la propiedad que Luca tenía en la Toscana.

–En realidad la casa no tiene todavía ni agua ni electricidad –le explicó él.

–¿Has tenido problemas con los obreros?

–No, la verdad es que lo estoy haciendo yo casi todo.

Ella se quedó perpleja y él sonrió. Tenía una sonrisa maravillosa. Se lo imaginó trabajando en la casa bajo el sol y su cuerpo se empezó a acalorar. Intentó controlarse, después de todo no estaban solos.

–Lo lamento, quizá te estoy aburriendo.

–No, en realidad me interesa. Mi hermana es restauradora de muebles. Su marido y ella restauraron una casa entera y me contó que era muy difícil encontrar a artesanos que trabajaran de la forma tradicional.

–Es verdad, pero no lo hago por eso, me gusta trabajar con la piedra.

Ella se fijó en las manos y deseó quedarse sola con él en el ascensor.

–Roman me ha dicho que va a quedar muy bonita cuando esté

terminada.

–Va muy despacio, pero a veces para hacer las cosas bien se requiere un tiempo, ¿no crees?

A ella dejó de preocuparle el mantener las apariencias y suspiró.

–Como esto tarde mucho más...

–Un poco de paciencia, *cara*. Ya estamos llegando –le dijo mientras le tocaba los labios con un dedo.

Ver a aquella mujer tan hermosa desearlo con tanto fervor era la escena más seductora que había vivido nunca, sólo superada por lo que habían vivido hacía unos momentos en la piscina. En ese mismo instante, Luca decidió construir una piscina en su casa de la Toscana.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Alice se apresuró a salir.

–¿Habláis mi hermano y tú mucho sobre mí?

Ella parpadeó y se quedó mirándolo fijamente, tenía unos ojos azules increíbles... Deseaba a Luca con cada milímetro de su cuerpo y lo amaba de la misma forma.

–No dejamos de hablar de ti –le verdad era que desde que se descubrió intentando indagar algo sobre él a través de Roman, se prometió a sí misma no volver a hacer ninguna pregunta.

Las fantasías sexuales estaban muy bien, pero aquella mujer era de verdad.

–Estos últimos minutos han sido los minutos más largos que he vivido en mi vida, lo único que quería hacer era besarte hasta dejarte inconsciente, ¿has hecho el amor en un ascensor alguna vez?

–No, ¿y tú?

–Las cosa que no he hacho podrían llenar un libro, pero no serían nada en comparación con las cosas que me he imaginado hacerte a ti.

Luca la besó intensamente y a ella le sorprendió la intensidad de su respuesta.

Cuando se apartó él le peinó los rizos rubios con la mano.

–Eres increíble –le dijo con la respiración entrecortada.

–Tú también. Venga, vayamos a mi habitación o nos detendrán por escándalo público.

–Tienes razón, mi respetabilidad se pierde siempre que tú estás

cerca.

Alice se acercó a la puerta.

–Al final las fotos no salieron publicadas.

–No.

–¿Sabes algo más?

–Pedí que me hicieran un par de favores –reconoció él.

Alice tomó aire al escuchar cómo se cerraba la puerta pero no se giró.

–Por fin solos.

Él se acercó a ella y Alice sintió el cuerpo de él contra su espalda. Le apartó el pelo y se inclinó sobre ella.

–Me encanta tu olor –ella dejó caer la cabeza y él besó su cuello.

–Me gusta.

–Nos gustan las mismas cosas, *cara*, ¿también te gusta esto?

Ella gimió al notar cómo las enormes manos de él le agarraban los pechos suavemente. Era incapaz de hablar así que asintió con la cabeza. Cerró los ojos cuando sintió cómo él le desabrochaba la camisa y le quitaba el sujetador poco a poco.

La espalda de ella se arqueó cuando él encontró sus pezones. Permaneció inmóvil mientras sentía una agradable corriente eléctrica recorrer su cuerpo con cada movimiento de las manos masculinas. Cuando no pudo aguantarlo más, se giró hacia él y le rodeó el cuello con sus brazos.

Los ojos de Luca eran como dos llamas ardientes mientras la miraba lentamente.

–Eres increíble, eres perfecta...

Alice susurró su nombre mientras él se arrodillaba frente a ella.

–¿Qué haces?

Él no contestó y se limitó a agarrarla por detrás para acercarla hacia él. Después comenzó a acariciar los pezones con su lengua. Ella sintió que estaba perdida, cada caricia le daba un placer que nunca había sentido antes.

–¡Dios mío! –dijo ella mientras notaba cómo le temblaba todo el cuerpo.

–¿Te gusta? –le preguntó con un susurro.

Ella le contestó acariciándole el pelo con la mano. El sensual roce de su boca y de sus manos hacía que la piel de Alice ardiera y todo su cuerpo reaccionaba con cada caricia de él.

Cuando la mano de Luca se deslizó por debajo del pantalón el gemido del principio se transformó en un suave grito.

Ella le acarició la mejilla.

–Por favor, por favor, Luca.

Él le sonrió, se levantó, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Se arrodilló junto a ella y comenzó a besar sus labios ardientemente una y otra vez.

Ella lo agarró de los pantalones cuando Luca se separó un poco de ella.

–Adoro tu boca.

–Eso me alegra.

Ella se tocó sus labios.

–Bien, porque quiero hacerte feliz –dijo ella, y la razón que la llevaba a querer algo así era que lo amaba. Aunque no podía reconocerlo.

Él le quitó los pantalones poco a poco y minutos después ella estaba completamente desnuda.

–Eres tan hermosa –dijo Luca mientras la contemplaba.

–¿Incluso con la cicatriz? –se acarició la marca que le había quedado después del ataque.

–Nunca intentes ocultarte de mí, Alice.

Ella se sintió sobrecogida e inmensamente feliz.

–No lo haré.

–Creo que llevo demasiada ropa.

Ella lo observó y sintió cómo su pulso se aceleraba mientras lo veía desnudarse. Era tan hermoso como ella se lo había imaginado. Se sonrojó al ver lo excitado que estaba.

Luca se tumbó sobre la cama y colocó su mano sobre la curva de su cadera hasta situarse encima de ella.

–Había deseado tocarte durante tanto tiempo...

–Entonces, tócame, *cara* –le dijo mientras la besaba en la comisura de los labios.

Alice siguió tocándolo hasta que la excitación de él se lo permitió. La agarró de la cintura y ella gimió de placer cuando él se introdujo en su interior.

–¿Es esto para mí? –le preguntó al notar lo húmeda que estaba. Ella asintió y le agarró la mano. No paraba de gemir.

–Estás tan caliente...

–Dios, Luca... Por favor...

Luca la miró fijamente.

Cuando comenzó a moverse dentro de ella no pudo ver más allá de él, del hombre que la poseía y que le estaba dando un placer sin límites.

Ella le rodeó la cintura con sus piernas y él comenzó a moverse más rápidamente y con más fuerza. Momentos después, ella gritó al llegar al orgasmo y Luca se derrumbó encima de ella gimiendo de placer.

Capítulo 11

Luca había decidido que el tiempo era algo muy importante y aquella reunión por la tarde había sido, para él, un absoluto fracaso y una pérdida de tiempo. Él había estado en la reunión, pero tan sólo físicamente. El marcharse de aquella cama caliente donde dormía una mujer aún más caliente le había obligado a recurrir a toda su fuerza de voluntad. Alice se había quedado sorprendida cuando él había sugerido cancelar la reunión.

–No seas absurdo, Luca, ¿tú no querrías que yo cancelara una reunión por ti, no?

Estuvo a punto de decirle que sí, pero se contuvo, ¿cómo podía ella comportarse como si lo que había pasado entre ambos careciera de importancia?

Se rió de lo absurdo de sus pensamientos y la gente se quedó mirándolo. Luca O'Hagan, el hombre que siempre había huido de los compromisos, estaba comportándose como un niño rabioso porque una mujer no parecía tomarse en serio una relación.

Alice había sido una amante maravillosa, pero no había parecido importarle que él tuviera que marcharse. Se puso tenso cuando recordó lo que ella había dicho cuando le dijo que llamaría más tarde.

–Eso estaría muy bien, Luca, pero no te preocupes si no puedes hacerlo.

Luca había disimulado su enfado y había fingido indiferencia.

–Bueno, en realidad tengo un día muy ajetreado.

¿Acaso había visto un leve rastro de dolor en su mirada? La sonrisa y la forma en que se había encogido de hombros no le hacía pensar que estaría esperando su llamada.

Una de las ventajas de ser el jefe era que, si decidía dar una vuelta por el parque, nadie ni nada se lo impediría.

Al llegar al parque comenzó a llover y aquello le recordó su

hogar, Irlanda y sintió una nostalgia inusual.

Cuando se sentó en el banco el sol había vuelto a aparecer y vio pasar una pareja agarrada de la mano y se quedó mirándolos fijamente.

¿Qué le estaba pasando? No sabía qué era, pero tenía que compartir aquello que sentía, y era la primera vez que pensaba algo así.

Cuando regresó al despacho, canceló todas sus citas de la tarde y tomó un taxi hasta el hotel. Cuando el director lo vio entrar, se acercó a él.

–Me temo que su hermano no está aquí ahora mismo –le dijo.

–Qué pena.

–Creo que no va a regresar hasta mañana por la mañana.

–¿Se ha ido la señorita Trevelyan con él?

–No, creo que la joven sigue aquí, ¿quiere que la llamemos y la avisemos que va a subir?

–No se preocupe, le daré una sorpresa.

Cuando iba a entrar, la camarera del servicio de habitaciones estaba saliendo de la habitación. Se puso tenso al oír el sonido de la voz de Alice y se quedó estupefacto al escuchar de qué estaba hablando.

–Sí, el test de embarazo, sí, permanezco a la espera.

Luca permaneció inmóvil.

–Y está seguro de que es positivo, muy bien, muchas gracias –Alice marcó el teléfono de su cuñada y no vio al hombre que salía de la habitación.

–Es positivo, vas a ser mamá, el médico y la enfermera me han pedido que te dé la enhorabuena y me han dicho que deberías llamar para pedir una cita con el doctor, le he dicho que regresabas a Inglaterra mañana.

Alice escuchó los sollozos emocionados de su cuñada, ella y su hermano habían estado esperando aquel momento durante mucho tiempo.

–Dios, no sé qué habría hecho sin tu ayuda, yo no podía decírselo a mamá, no después de lo que pasó la última vez.

Alice recordó que Rachel se lo había dicho a todo el mundo para luego averiguar que en realidad no estaba embarazada.

–Sé que debiste pensar que estaba loca al pedirte que llamaras tú

al médico, pero después de tanta espera estaba tan nerviosa ¿Qué dirá Ian? ¿Por qué no ha llegado ya?

–Se supone que va a regresar la semana que viene, ¿no?

–El martes por la mañana.

–¿Hace cuánto que no lo ves?

–Tres meses, ¿no habíais apostado que no estaría por aquí para el parto?

–Estoy segura de que intentará estar.

–Bueno, pero si no está espero que no te moleste que te pida que me acompañes en el parto. En realidad me encantaría que fueras tú la que me acompañara, sabes lo mandón que se puede poner...

–Si quieres que esté allí yo estaré.

–Siempre que tu atractivo jefe pueda prescindir de ti.

–¿Roman? Teniendo en cuenta lo mucho que trabajo me debe cerca de un año de vacaciones... Rachel, ¿Rachel?

–Lo siento, sólo estaba bailando un poco... ¡Dios! ¡Voy a tener un bebé! ¿No te parece increíble?

–Increíble...

–¿Qué estabas diciendo?

–Nada, sólo quería decirte que yo me ocuparé de mi jefe ¿Cuándo será el gran día? –Rachel le respondió–. Eso quiere decir que ya estás de cuatro meses.

–¿Es gracioso, no crees? Me paso la vida preocupada por las fechas y cuando finalmente me quedo embarazada no me doy cuenta hasta cuatro meses después...

Las dos mujeres se pasaron media hora hablando de posibles nombres hasta que llegaron al tema de los hombres. Alice pensó que estaba siendo muy discreta hasta que Rachel le preguntó el nombre y ella le dijo que no era nada serio, pero su cuñada no se lo creyó.

–Me parece que te gusta bastante.

–No, es sólo una aventura –por lo menos para él lo era. Alice había intentado que para ella también fuera lo mismo, pero no lo había conseguido. Ella sabía que era de locos ya que él no le había ofrecido nada más que sexo, ella seguía deseando algo más. La alegraba saber que por lo menos no le había mentido.

–Bueno, ¿quién es el hombre afortunado? ¿Es muy guapo?

–Ni si quiera me gusta.

–Así que se trata sólo de deseo. Eso también pude ser divertido.

–Muy divertido –dijo ella con tristeza.

–¿Hay algún problema?

–Ninguno… Sólo que no tenemos mucho en común…

–¿Acaso eso importa si tenéis buen sexo? No es como si quisieras casarte con él, ¿no? Yo le digo muchas veces a Ian que tú te casaste muy pronto, que no tuviste tiempo de adquirir experiencia con los hombres. Necesitas acostarte con varios y probar, ¿me entiendes?

–Sí, te entiendo perfectamente –la chispa de humor desapareció cuando la imagen de Luca le vino a la memoria… ¡No podía haber nadie mejor que él!

–Supongo que el sexo es muy bueno.

Alice cerró los ojos y recordó la noche anterior.

–Muy bueno.

Rachel suspiró.

–¿Quién es? ¿Lo conoces desde hace tiempo?

–Lo conocía, pero no… Es Lu….

–¡Dios mío, Alice! ¿Te refieres a Luca O'Hagan?

–Tal vez…

–Luca O'Hagan, es imponente pero, ¿no es demasiado para alguien como tú?

Ella sabía perfectamente que alguien como Luca no solía fijarse en alguien como ella, pero lo había hecho y parecía gustarle.

–Alice, ten cuidado –le dijo Rachel algo preocupada.

Era demasiado tarde para eso.

–He oído decir que tiene muy mala reputación con las mujeres…

–Lo sé todo acerca de su reputación y no te preocupes, sé cuidarme sola. No creo que se vuelva a repetir.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto que sí.

–Parece como si lo lamentaras.

–¡Rachel!

–Mi marido lleva tres meses fuera, y ya sabes lo que eso significa…

–Deja que te lo explique de otra forma, el chocolate está bueno pero cansa si lo comes todas las noches.

–¿Así de bueno ha sido, no?

Era compresible que Rachel se hubiera sorprendido tanto, ella y Luca... La idea era absurda, ¿cómo podía haberse enamorado de un hombre que cambiaba de mujer como de camisa?

Rachel le había aconsejado que tuviera cuidado y estaba claro que se refería a los anticonceptivos. Era evidente que una mujer de veintiocho años debía tomar precauciones y Luca debía pensar lo mismo porque había asumido que ella tomaba algo. Después de todo, él le había dicho que nunca se acostaba con nadie sin tomar precauciones. Sin embargo ninguno había tomado precauciones aunque el hecho de quedarse embarazada teniendo en cuenta su ciclo menstrual era poco probable.

Además, ¡no podía pensar en aquello en esos momentos!

Tenía que centrarse en las cosas que sí podía controlar... Como ser buena en su trabajo y no comportarse como una idiota cuando volviera a ver a Luca. Tenía dudas, no sabía si podría mantener en secreto lo que realmente sentía por él.

Se pudo unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta. Tenía tiempo libre así que decidió salir de compras, era una buena terapia. Tal vez así lograra dejar de pensar en Luca al menos media hora.

Salió de la habitación y casi se tropieza con alguien que estaba en la puerta.

–Lo lamento –dijo mientras alzaba la mirada y pudo ver dos enormes ojos azules–. Luca, estás... –se mordió el labio, sus nervios eran ridículos y decidió empezar desde el principio–. Luca... –dijo con un tono más tranquilo.

–Recuerdas mi nombre, eso me ha llegado al alma.

Alice estaba demasiado ocupada intentando controlar su repentino deseo que no se fijó en el tono de su voz y en el posible doble sentido de sus palabras.

–¿Qué haces aquí? Estaba a punto de salir.

–Entonces cambia de planes.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que debía negarse.

–Bueno, eso es...

–¿Tienes algún problema?

–Ninguno –le susurró mientras controlaba su deseo de rasgarle la camisa y comenzar a acariciar aquel pecho imponente.

–¿En qué estás pensando?

–En tocarte.

–Me guata sentir tus manos sobre mi piel, me gusta que me toques.

–Y a mí me encanta tocarte –dijo ella a punto de derretirse de deseo. Su pulso estaba acelerado–. Pero, Luca, no creo que sea una buena idea, teniendo en cuenta las circunstancias...

–¡Al diablo las circunstancias!

–Eso es fácil para ti.

–No, en realidad no lo es, no es nada fácil. Abre la puerta, Alice –le dijo mientras apoyaba ambas manos en sus hombros.

A Alice le costaba respirar, las manos de él se deslizaron por su cabello hasta agarrarla de la barbilla.

–Tú me deseas, ¡dilo!

Alice sintió un temblor y cerró los ojos.

–Te deseo, Luca.

Capítulo 12

Alice guardó algo en la maleta y sonrió. No le gustaba tener que hacerla y no entendía a la gente que disfrutaba con los preparativos de los viajes.

Viajaba mucho por razones de trabajo y al principio le había emocionado mucho, teniendo en cuenta que era una chica que no había montado en un avión hasta cumplir los veinte. Siempre había sido muy hogareña y allí se dirigía, a casa, para pasar unos días.

Sonrió al recordar su casa. Su padre se había retirado hacía varios años. Como ninguno de sus hijos quería continuar con la granja, había vendido la mayoría de sus tierras a un vecino. Sin embargo aquella casa seguía siendo el lugar donde todos regresaban cuando buscaban tranquilidad.

Aquella vez era diferente, tenía ganas de regresar, pero sabía que en el momento en que entrara a la casa, su madre notaría que le ocurría algo. Era como una bruja.

Alice no estaba segura de querer compartir lo que sentía por Luca con su madre, a pesar de que era una mujer liberal ¿Cómo podía reconocer que se había enamorado de alguien que ya se había olvidado de su existencia?

Su madre había sido la única en preocuparse cuando Mark y ella habían anunciado su compromiso.

–Sé que sois muy a parecidos y que disfrutáis mucho juntos pero, ¿es el amor de tu vida? ¿Estás segura de que no te casas porque la gente lo espera?

A Alice le dolió aquel comentario.

–¿Acaso no te gusta Mark, mamá?

–Por supuesto que me gusta –en aquel momento Alice había entendido a su madre ahora sí. Sabía que había más de una forma de querer a un hombre. El amor tranquilo que había sentido por Mark no tenía nada que ver con el tormentoso amor que sentía por Luca.

¡Aunque debía habérselo pensado dos veces antes de tener una

aventura con él!

Aun así su madre la apoyaría, ella siempre decía que había que seguir los instintos.

Habían pasado tres días desde que se habían visto por última vez, y ella significaba tanto para él que no se había dignado en llamarla desde entonces. Alice había estado esperando aquella llamada pero nunca llegó.

Se quedó con la mirada perdida. La forma de Luca de terminar con su aventura era desalmada. Habría deseado saberlo antes de haber marcado su número de teléfono.

–Señorita Trevelyan... Lo lamento, voy a preguntar si puede ponerse. Espere unos segundos.

Alice oyó varios ruidos y se dio cuenta de que la secretaria debía haber dejado el auricular sobre la mesa, de forma que ella pudo oír la conversación.

–Alice Trevelyan quiere hablar con usted, señor.

Alice miraba las entradas del ballet que tenía en la mano y se preguntó qué podría hacer si a Luca no le gustaba el ballet.

–Éste es el interfono. La próxima vez, utilícelo –dijo Luca.

–Lo lamento, señor… Yo sólo. ¿Le paso con la señorita Trevelyan?

–No.

La sonrisa de Alice desapareció de inmediato y se tapó la boca con la mano y palideció.

–¿Qué le digo?

–Di lo que quieras, usa tu imaginación, pero no quiero hablar con ella, ¿ha quedado claro?

–Sí, señor.

Alice colgó el auricular con cuidado y se quedó paralizada. El mensaje estaba claro, Luca había disfrutado conquistándola, pero ya se había cansado de ella. Ella había pensado que había algo más entre ellos que buen sexo, había pensado que había algo especial entre ellos...

Sintió humillación, dolor, arrepentimiento... Todo a la vez, aunque no sabía muy bien si se arrepentía de verdad. Alice no entendía por qué se estaba haciendo aquello a sí misma, aquel hombre ni siquiera había tenido la decencia de romper con ella y ella estaba obsesionada con él.

–Lo estoy haciendo de nuevo –se dijo a sí misma–. Repite conmigo, Alice… No volveré a pensar en Luca O’Hagan.

Encendió la tele mientras se disponía a terminar de hacer la maleta cuando de repente alguien llamó a la puerta. Se dirigió a abrir.

–Hola, Alice.

Ella se quedó helada.

–¡Dios mío, no! –dijo ella y se volvió a meter en la habitación.

Se apoyó contra la pared, necesitaba decir algo, algo que lo alejara para siempre.

–¡Vete! –le dijo.

–Eras más agradable conmigo el otro día.

–Estaba bebida.

–Lo siguiente que dirás es que no sabías lo que estabas haciendo.

–Sabía lo que estaba haciendo, como ahora sé que no voy a volver a hacerlo nunca.

No debía haberlo mirado fijamente ya que le hizo falta recurrir a toda su fuerza de voluntad apara apartar la mirada de aquellos ojos hipnóticos.

–¿Así que ya no me deseas? ¿Quieres que tengamos una relación platónica?

Le costaba respirar y se tomó un poco de tiempo para pensar con tranquilidad. Lo miró detenidamente y al hacerlo notó cómo su pulso se aceleraba.

–No quiero que tengamos ningún tipo de relación.

–¿Crees que puedes librarte de mí como te libras de tus amantes de una noche?

–¿Amantes de una noche?

Él la miró con ojos furiosos.

–No me mires así, tú dijiste que el sexo era eso, sólo sexo.

–Yo no dije nada igual… ¡Ah!… No quería decir…

–Sé que no piensas en ello de esa forma, supongo que para ti es como seguir siéndole fiel a tu marido. Pero lo que realmente pasa es que te da miedo comprometerte…

–Algo que tú conoces muy bien, ¿cómo puedes hablarme de compromiso?

Se hizo el silencio y se miraron fijamente.

–Eso es lo que pensaba hacer –le dijo antes de pasar su lado para

entrar al habitación.

Alice permaneció donde estaba, en la puerta y lo siguió con la mirada. Llevaba un jersey que hacía resaltar el azul de sus ojos. Tenía las mangas enrolladas y, al mirar aquellos brazos, Alice se sintió arder de deseo. Era tan intenso, que se quedó paralizada... Le costaba respirar, le costaba pensar.

–Tienes un aspecto diferente–dijo ella–. Parece un jersey de diseño.

–¿Crees que sigo la moda?

–Estoy segura de que no te importa ni lo más mínimo lo que yo piense –le dijo dándole la espalda.

–No he venido aquí para pelearme.

–¿Y por qué has venido?

Luca se quedó mirando la maleta, no parecía haber oído la pregunta.

–¿Te vas a algún sitio?

–Sí, me voy a casa. Tengo reservas para el vuelo de las nueve y media así que si no te importa, tengo que terminar...

–Entonces tengo suerte de haber llegado a tiempo, ¿no crees? ¿Se lo has dicho a tu familia?

–Tengo estás vacaciones planeadas desde hace un año.

–Yo no me refería a eso y tú lo sabes.

–¡Yo no sé nada!

Aquel comentario hizo que él le diera la espalda y se dirigiera hacia la ventana. Luca era tan atractivo.

Tomó aire y bajó la mirada.

–Escucha, Luca, entiendo que pienses que mi puerta y mi cama siempre están abiertas para ti cuando no tienes otros planes –se mordió el labio–. Lo pasamos bien, pero intentar recrear algo que ya ha pasado es un error. Disfrutemos del recuerdo y no lo estropeemos.

Aquello era también una forma de decírselo a sí misma.

–Logramos repetirlo un par de veces, ¿o acaso no te gustó?

A Alice le hubiera gustado poder borrar aquella sonrisa se satisfacción de la cara de Luca.

–En realidad no he venido a repetir nada.

En aquellos momentos el final feliz de las películas que Alice se había imaginado durante unos segundos se desvaneció.

–¿Y por qué no me dices por qué has venido antes de que pierda el deseo de vivir?

–He dicho que no venía para eso, pero no que no podía hacerlo. Ambos sabemos que podría hacerlo.

–¡No sé que pude ver en ti!

–¿Mi gran modestia tal vez? ¿O quizá mi generosidad?

–¿Podrías guardarte esos comentarios y marcharte? Estoy intentando ser educada, pero me lo estás poniendo muy difícil. Me encantaría que me montaras una escena ahora mismo.

–Las peleas son algo frecuente en mi familia. Teniendo en cuenta que una mitad es irlandesa y la otra latina es natural. En mi casa siempre ha habido muchos gritos.

–Yo odio las discusiones, no sabía que tus padres discutieran, no sabía que su matrimonio no fuera...

–¿Estable? Es un buen matrimonio en estos tiempos que corren, no es tranquilo, es cierto, aunque desde el ataque al corazón de mi padre ya no discuten tanto. Pero no he venido aquí a hablar del matrimonio de mis padres... pero antes de decirte nada, ¿podrías entrar en la habitación y cerrar la puerta? Tal vez a ti no te importe que todo el mundo se entere de lo que nos pasa, pero a mí sí.

Alice cerró la puerta y le sonrió.

–Ya está... Aunque no creo que lo que tengas que decir pueda interesarme.

Luca miró al suelo y tomó aire.

–He estado pensando en ello y creo que la mejor solución sería que nos casáramos.

Alice se quedó estupefacta.

–¿Crees que deberíamos casarnos?

–¿No es eso lo que acabo de decir?

–¿Es una broma? –durante unos segundos ella había pensado que hablaba en serio–. ¿O es que de repente te has dado cuenta de que no puedes vivir sin mí?

Era curioso pensar que era exactamente lo que le había pasado a Luca, de hecho hacía tres días había decidido que estaba dispuesto a criar a su hijo aunque él no fuera el padre. Su pulso se aceleró al observar el cuerpo de ella detenidamente.

–No exactamente...

–Así que eres capaz de vivir sin mí pero aun así quieres casarte

conmigo, esto es muy curioso... –Alice se sintió como una tonta al pensar lo cerca que había estado de hacer el ridículo–. Esto es tan inesperado...

–Estoy seguro de que hay gente que aprecia tu infantil sentido del humor, pero yo no soy uno de ellos.

–En ese caso es evidente que no puedo casarme contigo...

–Hablemos en serio.

–No es fácil.

–Es una decisión que me ha costado tomar, el casarte conmigo puede ayudarte a solucionar muchos problemas.

–¿Acaso eres tan buen partido?

–Ser madre soltera no es fácil.

Ella lo miró sin poder creer lo que acababa de escuchar.

–¡Sal ahora mismo de aquí! ¿Crees que estoy embarazada?

–Podríamos perder el tiempo discutiendo, pero no tiene sentido. Supongo que el padre no se hace responsable, ¿se lo has contado a alguien? Sé que a Roman no se lo has contado, ¿ibas a ver a tu familia para decírselo en persona?

–¿Le has dicho a Roman que estaba embarazada?

–Por supuesto que no. Sólo le hice un par de preguntas y fue evidente que no sabía nada, pero sí sabía que no salías con nadie. También es evidente por lo que dijo que tienes muchos admiradores.

–¿Cómo te atreves a hablar de mí con tu hermano?

–Escucha, Alice, esto es importante.

–Te estoy escuchando.

–¿Alguien más aparte de mí sabe que estás embarazada?

–Nadie.

–Muy bien, será mejor que siga así, me alegra saber que vas a ser sensata con esto.

–¿Ah, sí?

–Diremos que el hijo es mío.

–¿Y por qué quieres que la gente crea eso?

–Supongo que sabes que mi padre tuvo un ataque al corazón hace unos años y que es importante para él no someterle a presión.

–No entiendo qué relación hay entre tu padre y esto.

–Mi padre es un hombre conservador, muy religioso y amante de la institución de la familia.

Alice asintió.

–Está obsesionado con tener descendencia, con continuar con el buen nombre de la familia y esas cosas. Probablemente sepas que Roman estuvo a punto de casarse. Mi padre está muy susceptible con el tema de la familia últimamente, tanto que mi madre está muy preocupada por su salud.

–Lamento lo de tu padre, pero…

–En la última revisión estaba mucho peor.

–Eso me entristece, pero…

–El hecho es que uno de los dos tiene que casarse. Y no creo que sea Roman, no después de que lo dejaran plantado en el altar.

–Quieres casarte para…

–¿Si tú pudieras hacer un pequeño esfuerzo para salvar la vida de tu padre, no lo harías?

–Por supuesto que lo haría pero…

–¿Y por qué no lo voy a hacer yo? Yo necesito una mujer y un niño y tú vas a tener un hijo que necesita un padre. Debes estar de acuerdo que es ventajoso para ambos.

–¿Qué más podría querer?

–¿Te refieres al sexo?

–No, no me refiero a eso, tú sólo piensas en sexo. Creo que necesitas atención psiquiátrica, lamento que tu padre esté enfermo, pero es una idea descabellada.

–Supongo que los cambios de humor son normales durante el embarazo, pero cálmate y vamos a hablar tranquilos.

–¡Estoy perfectamente!

–Es un buen trato, hoy en día las cosas están muy difíciles para las madres solteras y yo te podría respaldar económicamente. Además, si no quieres verme demasiado, es posible, los matrimonios modernos llevan vidas muy diferentes y no están siempre juntos. Creo que es una buena oferta y recuerda que tú no estás en una situación muy ventajosa.

Alice no podía aguantarlo más.

–¡No hay ningún niño! Tal vez esté gorda comparada con las esqueléticas con las que sales normalmente, pero no estoy embarazada y, si lo estuviera, jamás querría a un padre como tú.

–Deja de mentir, mujer, estaba en la puerta cuando llamaste para pedir los resultados.

–Eran los resultados de otra persona, llamé al hospital en nombre de mi cuñada. Y para que lo sepas, eres el único con el que me he acostado aparte de mi marido, y él y yo esperamos a estar casados para hacer el amor.

Luca se quedó mirándola fijamente.

–¿No estás embarazada?

–No.

–Y no has tenido otros amantes…

–No.

–Parece ser que he cometido un error.

–No tan grande como el que yo he cometido –estuvo a punto de confesarle que se había enamorado de él, pero se detuvo a tiempo.

–Tal vez podamos sacar provecho de esto.

–¿Quieres que seamos amigos? No lo creo…

–¿No quieres casarte conmigo a pesar de todo?

Ella se quedó helada, después de haberla insultado de aquella forma seguía proponiéndole matrimonio. Lo odiaba.

–¿Casarme contigo? Creo que eres el hombre más engreído que he conocido, y te odio. El matrimonio no implica sacrificio, implica amor. Estoy segura de que tu padre estaría de acuerdo conmigo.

–Probablemente, pero cuando amas a alguien haces cosas que normalmente no harías.

–Sé que quieres a tu padre, pero si lo que necesitas es una mujer, estoy segura de que no tardarás en encontrar otra que te diga que sí.

–No quiero a nadie más, sólo te quiero a ti, Alice.

Ella cerró los ojos.

–Sin embargo yo no te quiero –le mintió porque sabía que él no la quería.

–Me acosté contigo a pesar de creer que estabas embarazada de otro hombre. Pensé en no oler tu piel, en no saborearte, y supe que tenía que tenerte una vez más. No me enorgullezco de ello, pasé mucho tiempo evitando tocarte… Y ahora que he empezado no soy capaz de parar. Eres como una droga para mí.

Alice abrió los ojos para decirle que ella sentía los mismo por él, pero ya no había nadie.

Capítulo 13

Alice no podía permitir que las cosas se quedaran así, tenía que hablar con Luca y en cuanto llegó a casa lo llamó. En Nueva York nadie sabía dónde estaba Luca, había desaparecido.

Cuando volvió a saber de él, Alice ya sabía a qué se debían sus continuas náuseas. Hacía unos meses le había dicho a Luca que no estaba embarazada, pero sí lo estaba. Todavía no se le notaba nada, pero ella sabía que no tardaría en notarse.

Estaba desesperada por contárselo a Luca, aunque había tenido varias oportunidades de hacerlo y no lo había hecho. Había tenido que hablar bastante con él por razones de trabajo, lo que la hacía llorar una y otra vez.

Intentó decírselo un par de veces, pero él siempre se había comportado de una forma fría e impersonal con ella y no había tenido el valor de decírselo.

Si alguna vez ella había sido una droga para él era evidente para Alice que ya se había recuperado, tan sólo deseaba saber cómo lo había logrado.

Su jefe, un gran observador normalmente, no se había percatado de nada. Aunque Roman no parecía el mismo desde hacía un tiempo, era evidente que había una mujer nueva en su vida.

Ella supo que era algo serio cuando él le dijo que no iría a Irlanda en avión porque a Scarlet no le gustaba volar, que irían en barco.

–Scarlet te gustará –le había asegurado su jefe.

–Seguro que sí.

–Y Sam.

–¿Tiene un hijo?

–En realidad es mi hijo.

Tras lanzarle aquella bomba, se marchó a una reunión. Tal vez por eso Luca no se había casado, su padre ya tenía el nieto esperado y el matrimonio que deseaba. Eso le dejaba en libertad.

Alice voló sola hasta Irlanda y una limusina la recogió en el

aeropuerto para llevarla a la propiedad de los O'Hagan. Había estado en aquel lugar un par de veces y por eso Natalia salió a recibirla con cariño cuando llegó. Se preguntó si hubiera reaccionado igual si supiera la verdad.

Natalia le invitó a que se acomodara y le informó que estaban muy emocionados por la llegada de Roman. Alice decidió seguir el consejo de Natalia y dar un paseo. Se cambió de ropa y cuando estaba a punto de salir de la casa sonó el teléfono.

Alice no vio a nadie cerca y contestó.

–¿Papá? ¿Eres tú?

Alice casi dejó caer el auricular. Era Luca. Tomó aire y sacó fuerzas de donde pudo.

–No, soy yo.

Ella pensó que él no sabría quién era.

–Alice... ¿Eres tú? –había interferencias en la línea–. Dios, se está cortando y mi vuelo... No hagas...

–Luca, ¿qué dices? No te entiendo

–Sólo limítate a no hacer nada hasta que yo llegue, Alice, *cara*, ¿me lo prometes?

–Te lo prometo –dijo Alice sin entender nada de lo que estaba pasando.

Después de la llamada Alice no había podido evitar ponerse a llorar y, tras lavarse un poco, les contó a los padres de Luca que llegaría para cenar.

Natalia era muy agradable y estuvo charlando con ella mientras esperaban que llegara Luca para cenar.

–Lo llamé antes pero no lo localicé, lo volveré a llamar –afirmó Roman. Salió un momento y regresó enseguida–. Nada.

–No tiene sentido que le esperemos para cenar –dijo Finn O'Hagan–. No sé qué le pasa, anoche me cortó en medio de una conversación. Si no es lo suficientemente educado como para decirnos que llegará tarde entonces no se merece la maravillosa cena que ha preparado tu madre.

–No os asustéis, cuando Finn habla de «preparar» se refiere a supervisar lo que hacía el cocinero.

Todos se rieron con ganas.

–A mi madre no se le da bien cocinar –aclaró Roman.

Alice miró aquellas caras sonrientes. No podía creerlo, nadie parecía preocuparse por Luca y ella no podía controlar el enorme pesar que sentía en su interior.

–¿A nadie le preocupa el retraso de Luca? –preguntó ella un poco ansiosa.

Todos la miraron fijamente.

–Conociéndolo, podría estar en cualquier lugar –dijo su hermano.

–Aparecerá –dijo su padre–. El diablillo siempre aparece.

Alice se sentía cada vez más acalorada.

–El cocinero apartará algo de comida para él, no te preocupes, cariño –dijo Natalia agarrándola de la mano.

–Pero dijo que estaría aquí.

–Tal vez no le entendiste bien –dijo Roman.

–Eso es bastante fácil –dijo Scarlet, que estaba sentada al lado de Roman.

–Tal vez quiso decir que llegaba mañana –insistió Roman.

La tranquilidad con la que se tomaban el retraso de Luca la ponía aún más nerviosa.

–Pero llamó y dijo que llegaría esta noche.

–Tal vez haya cambiado de idea –dijo Roman.

Alice negó con la cabeza.

–Luca no dice las cosas por decir, ¿nadie ha pensado que tal vez la haya pasado algo? ¿Un accidente quizá? –palideció al imaginarse a Luca tirado en una carretera–. ¡Deberíamos llamar a la policía!

–Querida muchacha... –comenzó a decir Finn pero se detuvo cuando su mujer le hizo un gesto con la mano. Ella negó con la cabeza y le dijo algo en italiano a su hijo mayor. Roman asintió.

–Y lo haremos, querida.

Alice suspiró.

–Si no sabemos nada de él, llamaremos a la policía a primera hora.

–Pero...

Natalia la detuvo.

–No harán nada a no ser que lleve veinticuatro horas desaparecido y quizá aparezca por esa puerta dentro de un rato.

Alice se mordió el labio y después de unos segundos asintió.

Miró a su alrededor y notó que el resto la miraban como si estuviera loca.

–Sólo pensé... Quizá mi reacción haya sido exagerada.

–Tal vez un poco –dijo Finn antes de que su mujer lo detuviera.

Scarlet decidió suavizar el tema y se dirigió a su suegro.

–El problema es que a los hombres les falta imaginación mientras que las mujeres tenemos demasiada –ella continuó a pesar de las quejas de los hombres–. Cuando Sam está enfermo, nunca tiene un dolor de tripa, tiene apendicitis, no tiene fiebre, tienen meningitis. Los del hospital ya me llaman la madre histérica y sobreprotectora.

Todo el mundo se rió con ganas. Alice le dio las gracias y Scarlet le guiñó el ojo. El resto de la cena fue tranquila y Alice logró controlar su ánimo hasta que se despidió de Roman y de Scarlet.

Roman y Scarlet representaban todo aquello que ella deseaba y que no podía tener, a no ser que Luca la amara... Y aquello no era sencillo.

Alice no quiso compadecerse de sí misma, tenía otras cosas de las que preocuparse, y una de ellas era el bebé. Tenía que decírselo a Luca.

Estaba claro que él querría casarse con ella por el bebé, Luca era tan conservador como su padre en el fondo. Se dijo a sí misma que no estaba tan desesperada, no iba a permitir que se casara con ella sólo por el niño.

Miró el reloj y vio que era temprano, no quería regresar a su habitación para pasarse una noche en vela, así que decidió dar un paseo. Cuando salió, la puerta se cerró de un golpe detrás de ella, pero pensó que luego podría entrar por la cocina, después de todo la gente de campo no solía cerrar la casa con llave.

La noche era mágica, no había ruidos, ni bocinas, ni coches y decidió quitarse los zapatos para andar sobre el césped. Le agradaba sentir el frescor de la hierba bajo sus pies y caminó hasta que las luces de la casa quedaron lejos.

Pensó que tal vez había llegado el momento de regresar pero se quedó quieta un momento. Era agradable pensar que era la única persona en el mundo, aquel silencio maravilloso no tenía nada que ver con la ciudad.

Después de un rato, se dio cuenta de que en el campo y por la

noche no todo era silencio, en realidad estaba lleno de pequeños ruidos, ruidos provocados por cosas o seres que no podía ver.

Entonces se preguntó qué hacía allí, sola, en mitad de la noche y sin ningún tipo de luz. Tal vez era peligroso. Se quedó esperando a que la luna se ocultara una vez más tras una nube y se giró para marcharse, pero una rama se quedó enganchada en su pelo. Gritó y salió corriendo hasta de repente se detuvo sin saber dónde estaba.

Se tranquilizó un poco y trató de orientarse un poco. Buscó huellas o algo que le diera una pista de dónde estaba pero no halló nada. Llegó hasta un arbusto que le pareció reconocer, pero de pronto su cuerpo chocó contra otro cuerpo grande y caliente que la agarró.

Ella intentó zafarse y pataleó sin descanso, pero la persona sólo la soltó cuando ella gritó con todas sus fuerzas.

–Sé kárate, así que no te acerques si no quieres terminar herido.

–Enhorabuena, estás fingiendo muy bien hasta ahora. Alice, *madre di Dio*, ¿quieres calmarte de una vez? No voy a hacerte daño.

Capítulo 14

Alice se quedó helada al reconocer la voz.

–¿Luca?

–¿Acaso esperabas a otra persona?

Se sintió tan aliviada que se acercó a él.

–No puedo creerlo –era como un sueño.

Lo miró fijamente y lo abrazó con todo el cariño del que fue capaz, cuando él la miró vio que había lágrimas en las mejillas de ella. Se las secó suavemente con el dorso de la mano.

–¿Lo crees ahora?

Ella suspiró y le acarició la cara.

–Ésa ha sido una buena forma de saludar.

–Soy famoso por mi forma de saludar –dijo él mientras le besaba la palma de la mano.

–¿Así que este saludo no era especial?

–Muy especial, he estado pensando en él mucho tiempo, pero no estaba seguro de cómo reaccionarías tú. Pero pareces bastante contenta de verme.

–Bastante, sí –dijo ella con cautela.

–Estaba pensando en ti y de pronto apareces –dijo ella con un suspiro.

Luca la estrechó entre sus brazos como si nunca fuera a dejarla marchar y ella permaneció allí unos segundos.

Cuando levantó la cabeza vio que Luca estaba muy serio.

–¿Estás realmente aquí?

–Ya hemos hablado de eso, *cara*.

–Sigo sin saber dónde estoy, fui a dar un paseo y me perdí.

–¿Crees que es una buena idea salir a dar un paseo en medio de la noche? ¿En qué estabas pensando? Podrías haberte caído y haberte roto algo y nadie se hubiera dado cuenta.

–Creí que el aire fresco me ayudaría a conciliar el sueño, he perdido un zapato y son muy caros.

–Deberías dar gracias por no haber perdido nada más. Cuando

pienso… –comenzó a decir pero se detuvo al ver lágrimas en su rostro.

–Estaba perdida y tenía miedo así que no me grites ¿estamos muy lejos de la casa?

No le contestó y la llevó a los alto de una pequeña colina. Debajo estaba la casa.

–¡Pensé que estaba muy lejos! Pero tú también tardaste mucho en llegar, ¿qué te pasó?

–Tuve que esquivar un caballo y terminé metido en un pequeño badén.

–¿Estás herido? –le dijo mientras lo miraba detalladamente.

–¿Acaso te importa?

Ella no respondió.

–No llamaste, te esperábamos para cenar.

–No debisteis esperar mucho, a mi padre no le gusta cenar tarde, supongo que estaría algo molesto.

–En realidad todo el mundo estaba bastante feliz.

–¿Nadie me echó de menos?

–Logramos sobrevivir sin ti.

–Eso está bien.

Alice suspiró y se apartó de él.

–¿Preferirías que te confesara que yo estaba muy preocupada y que hice el ridículo delante de todo el mundo? Tus padres deben de pensar que estoy loca.

–Parece ser que me he perdido una cena muy interesante.

–No te preocupes, no te has perdido demasiado. Podrás ponerte al día sobre los preparativos de la boda, es el tema central.

–No va a haber ninguna boda.

–¿Qué dices? Todo el mundo está muy emocionado con la boda.

–¡Pero me prometiste que no harías nada!

–Y no lo he hecho –dijo Alice algo confundida.

–¿Y casarte con mi hermano no es nada? Estáis los dos locos si pensáis que voy a permitirlo, sé que piensas que nunca podrás volver a sentir lo que sentiste por tu marido y sé que Roman está desesperado por casarse.

–Pero… Luca… Yo…

–Sé que me comporté como un imbécil, sé que no debería haberme declarado de aquella forma, pero no podía permitir que

criaras un bebé tú sola. Lo importante era que era también tu hijo. He pasado unas semanas horribles, debiste darte cuenta de que la mitad de las veces te llamaba tan sólo para oír tu voz, pero tú parecías tan distante.

–Detente, Luca, no voy a casarme con Roman, él está prometido, pero con una mujer llamada Scarlet. Te gustará, como también te gustará Sam.

–¿Sam?

–Sam es el hijo de Roman.

–*Dio mio*, todo ha sido un malentendido. Cuando llamé el otro día, sabía que tú estabas aquí y cuando mi padre me dijo que no tenía por qué casarme, que mi hermano se me había adelantado pensé...

–Es una estupidez, Luca, sólo hay un O'Hagan que me vuelve loca.

–Tomé el primer vuelo y cuando llegué a Londres llamé y cuando contestaste tú pensé que todo debía ser verdad, si hubiera tenido el valor de acercarme a ti y confesarte lo que sentía por ti... Espera, ¿qué has dicho antes?

–Cariño, me pediste que me casara contigo una vez y yo te dije que no, pero no lo dije en serio –dijo ella entre lágrimas–. Me negué porque estaba enfadada...

–Lo entiendo, sólo te di excusas absurdas para que te casaras conmigo pero escucha, tienes que olvidar a Mark, tienes que seguir con tu vida...

–Ya he dado un paso, Luca, ¿te casarías conmigo?

Se hizo un largo silencio, Luca no podía creer lo que acababa de escuchar...

–¿Qué has dicho?

–Que si te quieres casar conmigo.

–¿Por qué?

Ella cerró los ojos y tomó aire.

–Porque te quiero, te quiero más de lo que jamás pensé que podía querer a nadie.

Luca la besó hasta que se olvidó dónde terminaba ella y dónde empezaba él.

–¿Eso quiere decir que aceptas?

–Por supuesto que acepto, tonta. Por supuesto que te quiero,

Alice, eres mi primer y único amor.

Se besaron largamente, pero de repente ella se apartó.

–¿Sucede algo?

–Hay algo que tengo que contarte, espero que no pienses que es algo malo, no te lo he dicho antes porque...

–Si ha habido alguien más en tu vida lo entenderé, pero no quiero saber los detalles.

–¡Por supuesto que no ha habido nadie más...! Luca, estoy embarazada, estoy embarazada de ti.

La alegría en la cara de Luca era indescriptible.

–Sabía que si te contaba lo del bebé te querrías casar conmigo, pero quería que lo hicieras por mí.

–Me casaría contigo ahora mismo si fuera posible– después la besó con todo el amor del que era capaz–. Vamos, tenemos que darle la noticia a todo el mundo.

–¿No lo dirás en serio? –dijo ella mientras caminaban hacia la casa.

–Por supuesto, quiero que todo el mundo sepa lo feliz que soy.

–Pero Luca, es muy tarde y están todos dormidos.

–No lo estarán cuando yo los despierte.

–Te lo agradezco pero ¿y si lo mantenemos entre tú y yo esta noche?

–Vamos a estar tú y yo durante el resto de nuestras vidas, Alice.

Él la miraba con tanto amor que ella no pudo decir nada y le dio la razón.

–Tienes razón, ¡vayamos a levantar a toda la casa!

Y así lo hicieron....